

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimientismo o aventurerismo "lucharmatista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

N° 27
Septiembre 2022

Precio: Europa: 1'5 €; 3CHF ;
1'5£ América del Norte: US \$ 2
América Latina: US \$ 1'5

Las luchas en el sector del metal

Desde 2019 veníamos escribiendo acerca de cómo la crisis económica entonces en ciernes tendría uno de sus puntos calientes en el sector del metal (1). Esto podíamos afirmarlo, ya en 2019, por dos motivos. El primero de ellos, de orden estrictamente económico, porque los años de recuperación de la crisis de 2008-2014 estaban marcados por una notable incapacidad de la gran industria de hacer remontar sus beneficios hasta los niveles previos a 2008 y, dentro de esta gran industria, el sector del metal y de la automoción mostraban signos evidentes de estar manteniendo un nivel de sobre producción respecto a su capacidad real sólo mantenible por las políticas expansionistas de los diferentes estados. Por otro lado, porque la importancia vital que el sector del metal (punta de la gran industria en todos los países capitalistas desarrollados) tiene una dimensión especialmente relevante en el volumen de mano de obra proletaria que emplea. Pese a que en las últimas décadas esta ha disminuido notablemente, aún es un factor decisivo en las economías de casi todos los países.

El partido de clase trabaja hoy para la revolución de mañana

Por partido de clase los marxistas entienden el partido político que representa los objetivos históricos de la clase proletaria a nivel internacional en la actualidad.

El partido de clase sólo puede ser revolucionario, comunista e internacional. Sólo puede basarse en la única teoría revolucionaria que ha existido desde la aparición y consolidación de la sociedad burguesa –el marxismo– y, por tanto, tener un programa único que responda a principios invariables. El partido de clase tiene una línea política que es válida durante todo el período histórico en el que se desarrollan las contradicciones económicas, sociales y políticas de la sociedad burguesa hasta el choque histórico final entre la clase burguesa dominante y la clase proletaria a nivel internacional, un período de guerra o de revolución, un período en el que se acumulan los factores de las crisis sociales que conducen a la maduración de los factores favorables a la revolución proletaria. Una revolución que puede comenzar incluso en un país más atrasado

que los demás, como ocurrió en 1917 en Rusia, pero que posee una propulsión internacional de gran potencia que empuja a las fuerzas de clase presentes en la sociedad a unirse en dos grandes polos antagonicos.

La revolución no es un acto insurreccional que, una vez concluido, da paso a la gestión del poder. Se trata de un proceso histórico, extremadamente contradictorio, que trastorna todos los equilibrios y semiequilibrios económicos, sociales y políticos existentes, abriendo el camino a un nuevo posicionamiento de las fuerzas de clase, a una fase en absoluto efímera, en la que las fuerzas de conservación social se resistirán a su derrota por todos los medios, y en la que las fuerzas revolucionarias utilizarán todos los medios para impedir la restauración del poder burgués y extender la revolución proletaria a nivel internacional para que el primer bastión conquistado no quede aislado, asediado por los Estados capitalistas e impe-

(sigue en pág. 2)

EN ESTE NÚMERO

- *El Comunista* y su visión antimarxista del problema sindical.
- La Guerra burguesa y la propaganda del horror.
- La posición de clase del proletariado contra la guerra imperialista, en cualquier país, en Rusia y Ucrania, en Europa y América, en China, Japón y todo Oriente, en Australia y África, es una sola: lucha de clases, en primer lugar contra su propia burguesía, y lucha de clases contra las burguesías de todos los demás países. Proletarios del mundo uníos, significa exactamente eso.
- Huelga en las plataformas noruegas del Mar del Norte. Tras el dictado de la armonía nacional contra el enemigo Covid, la lucha proletaria no debe someterse de nuevo al chantaje de la crisis y de la guerra imperialista

La ¿última? crisis del Partido Comunista de España

El pasado mes de julio tuvo lugar el XXI Congreso del Partido Comunista de España que, a la vez, era el primero desde que el PCE formaba parte del Gobierno de coalición PSOE-Podemos. Según la prensa, el Congreso fue bastante accidentado y la lucha entre las dos facciones que se disputan el control de la organización llegó incluso a las manos en algún momento.

Por un lado, la corriente mayoritaria, capitaneada por el actual secretario general, Enrique Santiago, quien hasta pocos días después fue también el secretario de Estado para la Agenda 2030 en el Ministerio de Asuntos So-

ciales, buscaba refrendar ante los delegados su política de convergencia primero con Podemos y, últimamente, con el embrión de proyecto que dirige Yolanda Díaz. Para esta corriente, que ha logrado colocar dos ministros en el Gobierno (la propia Yolanda Díaz y Alberto Garzón) lo esencial era mantener esta línea de pactos con organizaciones de mayor proyección electoral, pese a que la misma ha hecho que el partido prácticamente se diluya en estos bloques.

Por otro lado, la corriente minoritaria, conformada por representantes del PCE de Aragón, Asturias o las Ju-

(sigue en pág. 6)

El partido de clase ...

(viene de la pág. 1)

rialistas.

La revolución proletaria, en realidad, sólo puede vencer definitivamente a nivel internacional, si conquista, en su proceso de desarrollo, el poder en los países capitalistas más avanzados. La fuerza positiva para la revolución reside, en los países más avanzados, en sus proletariados y en su economía desarrollada. En el proletariado, por tanto, organizado de forma independiente en el terreno de la clase, influido y dirigido por el partido de clase; en las bases económicas que el capitalismo ha desarrollado (trabajo asalariado asociado, alta productividad del trabajo, altas técnicas de producción, concentración económica y financiera, etc.) y que el poder proletario utilizará para la transformación económica de los países donde triunfe la revolución proletaria.

La revolución proletaria no es sólo un gran acto de fuerza de la clase obrera, provocado por el impulso material y espontáneo de las contradicciones capitalistas y dirigido a derrocar el poder burgués; un acto de fuerza que, una vez expresado en su máxima potencia, pondría al propio proletariado en condiciones de decidir cómo y cuándo sustituir los objetivos capitalistas por los comunistas, política, económica y socialmente. La revolución es una fase histórica precisa de la guerra de clases entre la clase burguesa dominante y la clase proletaria, la clase de los trabajadores asalariados.

Es la guerra de clases entre la burguesía y el proletariado que comenzó mucho antes del estallido de la revolución y que no termina con la conquista del Palacio de Invierno» y es una guerra que la clase burguesa dominante libra contra el proletariado todos los días, en todas las situaciones, en todos los países y por los medios más diversos: con la democracia electoral y parlamentaria,

con el autoritarismo o la dictadura abierta, con la competencia entre proletarios, con la represión, con el oportunismo y la colaboración entre clases, con la regimentación de las masas en sus guerras de rapiña, basándolo todo en el chantaje original típico del capitalismo: si no trabajas según las reglas del capital no comes, simplemente te mueres de hambre.

Cuando los marxistas hablamos de guerra de clases, hablamos de un proletariado que ya ha alcanzado la capacidad de reconocerse como clase antagónica a la burguesía, como clase independiente de la burguesía y de las fuerzas oportunistas y colaboracionistas, como clase organizada en el terreno de la defensa inmediata, influida y guiada por el partido de clase. Estamos hablando de una fase ya avanzada de la lucha de la clase proletaria contra la burguesía, una fase en la que los objetivos políticos de la lucha proletaria ya no son un «cambio de gobierno» exigido en violentas manifestaciones callejeras, ni una «reforma» concreta, ni un retroceso en las medidas más drásticas aplicadas por la patronal en el ámbito económico y social. Los objetivos políticos de esta lucha son más elevados, más generales, y deben ser conquistados con la violencia de la lucha de clases en respuesta a la violencia implementada por el Estado burgués y todas las fuerzas de conservación de la sociedad. Se trata de objetivos que, más allá de que se manifiesten en un país concreto, no pueden circunscribirse a una nación, sino que tienen un significado internacional incluso más allá de la «conciencia» que puedan tener todos los proletarios en su lucha.

Antes de esta fase de la lucha de clases -fase que prevé la presencia, la actividad y la influencia del partido comunista revolucionario en las masas proletarias y en sus organismos de lucha económica y política inmediata-, el proletariado pasa por un período en el que realiza huelgas y manifestaciones callejeras, intentando de diversas maneras obtener la satisfacción de sus reivindicaciones inmediatas y parciales, limitadas incluso a una sola fábrica o a un solo sector económico. Es la fase en la que los proletarios adquieren experiencia, a nivel práctico, de todos los medios y métodos de lucha que utilizan, de la fuerza o no de sus organizaciones, de la función de sus organizaciones; en la que pueden reconocer a sus verdaderos aliados, a sus falsos amigos y a sus enemigos a través del comportamiento que tienen hacia sus luchas. Una etapa en la que tienen la posibilidad concreta de conocer realmente al partido de clase en sus actitudes prácticas, sus acciones y las perspectivas en las que se mueve.

Este periodo también puede ser muy

largo, puede durar décadas, como demuestran los más de setenta que nos separan del final de la segunda guerra imperialista. Un período en el que la clase burguesa dominante, de todos los países y no sólo de uno, no se queda de brazos cruzados, sino que insiste en su esfuerzo por doblegar a las masas proletarias a las exigencias de su poder y su economía

A través de las fuerzas del oportunismo político y sindical, es decir, de la colaboración de clases, la burguesía de todos los países ha aprendido que para doblegar al proletariado a sus exigencias de clase debe combinar la presión económica con la «confrontación» política, la represión con la tolerancia; en definitiva, la democracia con el autoritarismo, la famosa zanahoria con el palo. Las experiencias más recientes debidas a la pandemia de Covid-19, a las que se han añadido las de la participación de todos los grandes países democráticos en la guerra ruso-ucraniana, demuestran que lo que le importa a la burguesía no son los llamados valores de la democracia, la civilización, el bienestar para todos y la paz, sino los beneficios del capital, el famoso «crecimiento económico» por el que todo poder burgués está dispuesto a pisotear sus propias leyes, a despreciar la hambruna en la que viven millones de personas, a elaborar estadísticas de muertes por Covid, muertes en el trabajo, muertes por hambre, enfermedades o guerras.

En estas décadas de colaboración interclasista, las crisis económicas, financieras y sociales no han desaparecido ni disminuido, sino que han aumentado no sólo en número, como han aumentado los efectos desastrosos sobre cientos de millones de personas en todo el mundo; tampoco han desaparecido las guerras locales, regionales o más amplias, por el contrario, las zonas en las que se desarrollan las guerras se prolongan a lo largo de los años, viendo la participación directa o indirecta de las distintas potencias imperialistas del mundo. La misma vida civil en los países de cacareada democracia y alto nivel de vida en comparación con los países pobres y la periferia del imperialismo, se ve continuamente sacudida por masacres, asesinatos, violencia de todo tipo, especialmente contra las mujeres, las razas y los grupos étnicos considerados inferiores, y por formas de esclavitud que la burguesía se jactaba de haber erradicado de una vez por todas y que, en cambio, utiliza para obtener más beneficios. Todo esto es el resultado natural de la vida social bajo el capitalismo, en el que todo es una mercancía, todo tiene un precio, incluso el aire que respiramos o el agua que bebemos. Los amos de las mercancías, los amos del dinero, son los amos de la vida de los 7.000 millones y más de personas

Dónde puedes encontrar 'EL PROLETARIO'

Librería Primado

Avda. Primado Reig 102
46010 - Valencia

Enclave de Libros

C/ Relatores, 16, 28012 - Madrid

La Rosa de Foc

C/ Joaquim Costa 34 bj 08001 -
Barcelona

Librería Sandoval

Plazuela del Salvador, 6
47002 - Valladolid

que habitan el planeta.

Pues bien, en un mundo tan intoxicado, tan naufragado, atiborrado de opresiones de todo tipo, la única fuerza social que tiene la posibilidad de cambiar completamente la situación, de ponerla patas arriba en beneficio no de las mercancías, no del capital, no del dinero, no de la propiedad privada, sino del poder burgués, es el proletariado, es la clase de los trabajadores asalariados porque es mediante su trabajo asalariado que el capital se valoriza, es decir, aumenta su volumen y su valor, aumentando así su poder, su presión sobre la vida de la inmensa mayoría de los habitantes de la tierra. El salario, en realidad, nunca se corresponde con el valor de la producción capitalista obtenido por el trabajo asalariado; siempre es inferior, y muy inferior a ese valor, y es en esta diferencia de valores donde hay que buscar el aumento de la fuerza no sólo económica y financiera, sino también social y política del capitalismo.

Según el marxismo, que se basa en las experiencias históricas de la lucha de clases, para cambiar la sociedad hay que cambiar el modo de producción. El modo de producción capitalista es la base del poder político y social de la burguesía. Los gobiernos burgueses pueden cambiar mil veces, pueden ser dirigidos por fuerzas políticas de izquierda, de centro, de derecha, pero mientras la dirección de la política responda a las necesidades del capitalismo, la sociedad en su conjunto sólo puede volver a presentar sus contradicciones y la gravedad de sus crisis en formas cada vez más agudas.

Por otra parte, en todas las sociedades a lo largo de la historia, el nuevo modo de producción se ha ido imponiendo dentro de las formas de producción anteriores, defendidas con ahínco por el poder político de las antiguas clases dominantes. En un momento determinado del progreso de la producción, de los métodos de producción y de los más altos logros en la unidad de tiempo de producción, la nueva clase que representa el nuevo modo de producción, para progresar, para desarrollar el mismo mecanismo de producción y su poder social, no tiene otra alternativa que derrocar el viejo poder político, sustituyéndolo. En el caso de la sociedad capitalista, la burguesía, es la clase social que se impuso, no porque inventara un nuevo modo de producción de la nada, sino porque el nuevo modo de producción que se imponía materialmente a través de una serie interminable de transiciones, avances y retrocesos, requería una libertad de desarrollo tanto de la producción como de los productores que las antiguas clases dominantes impedían.

¿En qué consistía el nuevo modo de producción? Las principales caracterís-

ticas fueron: 1) asociar a muchos productores, muchos trabajadores, en el mismo ciclo de producción, distribuyéndolos en las diferentes etapas de procesamiento del mismo ciclo de producción. Pero esa masa de trabajadores no existía, había que crearla. Y se creó sobre todo expropiando a los campesinos que a estas alturas ya no podían alimentarse a sí mismos y a sus familias con su pañuelo de tierra; 2) pagar la mano de obra de los antiguos campesinos transformados en obreros con un salario con el que obligarles a ir al mercado a comprar los productos de primera necesidad para sobrevivir; 3) desarrollar la producción de bienes -y cualquier producto se convirtió en una mercancía- que había que llevar al mercado para su venta, desencadenando así la primera y básica transformación: mercancía-dinero-mercancía (M-D-M), para luego desarrollarlo en dinero-mercancía-dinero (D-M-D'), que es el verdadero motivo de la producción capitalista porque el dinero inicial para producir una determinada cantidad de mercancías, al final del ciclo de venta debe adquirir un valor superior al inicial. Esto es lo que Marx llamaba plusvalía, y el capitalismo consiste en obtenerla. Todo producto tiene su valor de uso, pero lo que importa al capitalismo es su valor de cambio, porque es en el cambio (M-D') donde se valora el capital.

Con el desarrollo del capitalismo, y por tanto de la gran industria, se desarrollan los mercados, pero la producción hipercapitalista, que se realiza empresa por empresa y está sometida a la competencia entre empresas -y luego entre estados que defienden a las empresas nacionales en la competencia internacional- provoca inevitablemente un bloqueo de los mercados hasta el punto de que de la producción para la venta, se pasa a la sobreproducción, porque los precios de venta de las distintas mercancías, sometidas a la competencia internacional cada vez más desenfrenada, ya no son adecuados para extraer la tasa media de ganancia para la que se invirtió inicialmente el capital.

Así, el desarrollo del capitalismo significa el desarrollo de la sobreproducción; la sobreproducción significa la crisis económica. El desarrollo del capitalismo significa el desarrollo de las crisis, y cada crisis sucesiva incorpora los factores de crisis anteriores y los exalta hasta el extremo.

Sin embargo, no se trata sólo de la sobreproducción de productos, de mercancías, sino también de la sobreproducción de capital; en este caso, a la crisis económica se suma la crisis financiera; todo el sistema capitalista entra en crisis y, como es habitual, la burguesía descarga los efectos más desastrosos de la crisis de su economía sobre

las capas más bajas de la población: proletarios, pequeña burguesía, campesinos pobres, subproletarios, y sobre los países más débiles.

En la fase imperialista, esta tendencia es conocida por todos. El capitalismo no es productor de prosperidad, sino de crisis; no es productor de progreso, sino de recesión, de esclavización cada vez mayor de masas de hombres obligados a sobrevivir en la fatiga laboral, el hambre y la miseria.

Sin embargo, el capitalismo por sí solo, a causa de sus crisis, y sus guerras, que a lo largo de los años producen millones de parados, mendigos y muertos, no se derrumba, no se marcha. A pesar de su evidente decadencia, a pesar de su sociedad decadente, a pesar de la barbarie en la que cae con cada crisis, el capitalismo resiste, se recupera y sigue triturando la explotación, la dominación política y social.

¿Qué impide al capitalismo, y a la clase burguesa que lo representa, morir de viejo?

Dos cosas, sobre todo: el firme poder político con el que domina la sociedad, y el proletariado plegado a sus necesidades.

En comparación con la historia de las sociedades anteriores, y del propio capitalismo, el futuro de la propia humanidad está en manos de una sola clase social, la clase de los productores, la clase de los asalariados, la clase de los sin reservas, la clase de los sin patrimonio, la clase de los sin hogar. Es cierto que sin el capital, sin los empresarios, sin la burguesía, no habría grandes industrias, ni trabajadores asalariados, ni clase obrera. Pero esta verdad es parte de otra verdad: el capital, el empresariado, la burguesía y los asalariados son parte integrante de la sociedad capitalista, y sólo de la sociedad capitalista, una sociedad que se expresa sólo a través del dinero, el mercado, la propiedad privada y, sobre todo, la apropiación privada de toda la riqueza producida.

En el curso del desarrollo del movimiento proletario, y del movimiento comunista en particular, se ha demostrado que la clase proletaria posee una energía social potencial que, si se orienta hacia objetivos completamente contrarios a los de la burguesía y el capitalismo, puede efectivamente cambiar por completo el desarrollo de la humanidad. El cambio consistiría en poner en el centro de la producción y la distribución no el capital y su valorización, sino las necesidades del hombre para la vida y el progreso al margen de todas las formas de producción que impiden la expresión libre y completa de su vitalidad.

El comunismo, para Marx y Engels, «no es un estado de cosas que debe

(sigue en pág. 4)

El partido de clase ...

(viene de la pág. 3)

establecerse, un ideal al que debe ajustarse la realidad. Llamamos comunismo al movimiento real que suprime el actual estado de cosas» (1).

¿El movimiento real de qué? De las fuerzas productivas, porque es el desarrollo de las fuerzas productivas el que genera la necesidad de superar los límites en los que toda forma de producción las encierra debido a los intereses políticos y económicos de las clases dominantes. Toda clase dominante que ha llegado al poder en las distintas sociedades divididas en clases ha apoyado hasta ahora su dominio político en el dominio de una economía que expresaba, sí, un desarrollo de las fuerzas productivas, pero dentro de unas relaciones de producción que el mismo desarrollo de las fuerzas productivas tendía a romper. Lo mismo ocurrirá con el capitalismo que, si bien tiende a desarrollar indefinidamente las fuerzas productivas, las frena, las limita, las destruye, porque las relaciones burguesas de producción y propiedad no se adaptan a ese desarrollo, sino que tienden precisamente a frenarlo, a limitarlo a determinados sectores y a determinados países; límites a los que la burguesía recurre porque de ello depende su supervivencia como clase dominante, como dominación política.

Frente a la burguesía está la clase proletaria, que es, al mismo tiempo, la clase que no posee nada más que su fuerza de trabajo, pero que produce toda la riqueza existente. Una clase que fue creada precisamente como clase asalariada -y en esta forma es sólo una clase para el capital- y plegada a las necesidades del capital (y por tanto de la burguesía); pero que precisamente por representar el desarrollo positivo de las fuerzas productivas, desligadas de la propiedad privada y de las relaciones mercantiles de la sociedad burguesa, representa el futuro de las fuerzas productivas, por tanto el futuro de la especie humana. Para representar efectivamente este movimiento real de las fuerzas productivas, el proletariado debe chocar con la clase dominante burguesa que, por otra parte, tiene interés en mantener vivas las relaciones de producción y de propiedad que le permiten ser la clase dominante y seguir explotando el trabajo asalariado en beneficio exclusivo del capital y de los privilegios que éste, y sólo éste, disfruta.

Este largo curso del desarrollo histórico pasa, inevitablemente, por las contradicciones más agudas de la sociedad, por sus crisis y guerras. No puede ser de otra manera. Pero la clase proletaria ya ha demostrado que es la única clase revolucionaria en la sociedad ca-

pitalista. Lo demostró con la Comuna de París de 1871 y la Revolución de Octubre de 1917, y con todos los intentos revolucionarios desde 1848 e incluso después de 1917.

La clase proletaria, en su lucha, tiene en realidad una debilidad: no puede basar su lucha contra las viejas relaciones de producción y de propiedad en un nuevo modo de producción que ya se está desarrollando dentro de la vieja sociedad, como fue el caso de la esclavitud, el feudalismo y el capitalismo. Por lo tanto, la base de su revolución política no será una revolución en el terreno económico, como fue el caso de la burguesía. Tendrá que ser la revolución política la que prepare el camino para la revolución económica, la transformación económica de toda la sociedad. Y para la revolución política es necesario un programa político en el que se prevean todos los pasos que debe dar el movimiento revolucionario para imponerse: desde la organización de clase independiente, pasando por la lucha de clases que no se limitará a las fronteras de una nación, sino que tendrá inevitablemente carácter internacional, hasta el derrocamiento del Estado político existente, pasando por la instauración de un poder político que sólo puede ser de clase, extremadamente concentrado y centralizado, por lo tanto será una dictadura de clase, la única forma de poder que puede oponerse válidamente a la dictadura del capital, a la dictadura de clase de la burguesía.

La revolución proletaria sólo puede ser internacionalista e internacional porque choca con una clase dominante que se apoya en un modo de producción que es internacional, que domina el mundo con sus leyes, y que -contra el proletariado revolucionario, incluso de un solo país- es capaz de movilizar a las burguesías de todos los países porque los intereses que el movimiento proletario va a golpear son los mismos que los de todas las burguesías del mundo. La crisis social revolucionaria es en sí misma una crisis internacional, por lo que los intereses que chocan son los de las dos clases antagónicas por excelencia, la burguesía y el proletariado.

Es evidente que la conciencia de todo este largo proceso revolucionario no puede residir en el cerebro de cada proletario, sino que la posee un órgano específico, el partido proletario-comunista, es decir, el órgano de la revolución proletaria, y de sus objetivos históricos, más allá de la conciencia que el proletario individual pueda tener de estos objetivos históricos, más allá de la correcta maduración de los factores favorables a la revolución, más allá de la consistencia numérica de los militantes del partido y de su presencia en cada país del globo. Un organismo que, desde el punto de vista de la teoría y los

principios revolucionarios, trasciende cualquier contingencia, cualquier situación particular, cualquier frontera nacional; como partido histórico, por tanto, representa en todo momento el famoso «movimiento real que suprime el estado de cosas actual» que vincula el estado de cosas actual a su abolición; como partido formal, por tanto como cuerpo físico de militantes activos en el «hoy», en las filas del proletariado y en la sociedad, representa la lucha de clases unitaria, sin distinción de edad, sexo, sector económico, religión, nacionalidad, que el proletariado debe asumir y llevar hasta el final, al comunismo, por tanto a la sociedad sin clases, a la sociedad de las especies.

Es evidente que esta lucha de clases unida no surge espontáneamente en el proletariado, ya que, hasta que no se produce una ruptura real de la paz social, y sobre todo de la colaboración de clases, el proletariado está influenciado por la ideología burguesa, está organizado por las fuerzas de conservación burguesa y se dirige hacia el terreno más favorable al orden burgués.

El partido de clase, en virtud de los balances dinámicos de los grandes acontecimientos históricos en los que las clases se han enfrentado al más alto nivel, sabe que los proletarios, o mejor dicho, su movimiento material, una vez que su lucha en el terreno inmediato se transforme en lucha política, gracias también a los medios y métodos utilizados por la clase dominante para aplastarla, necesitará la dirección del partido de clase porque es la única fuerza que puede llevar su lucha al máximo resultado: la victoria revolucionaria en tal o cual país; y después, la extensión de su revolución a todos los países del mundo. Al igual que un ejército necesita un estado mayor, una disciplina férrea, una estrategia precisa en la que prevea las múltiples situaciones de enfrentamiento a las que puede tener que enfrentarse, el proletariado, en su lucha anticapitalista y antiburguesa, necesita una dirección férrea y una estrategia a la altura de las tareas históricas que ha asumido, que sólo el partido de clase puede garantizar.

El ejemplo del partido bolchevique de Lenin es su más clara demostración. Es por un partido así que nosotros, vinculados a la corriente de la Izquierda Comunista de Italia, trabajamos sin desanimarnos por el hecho de que ahora somos un pequeño núcleo de militantes. Lo importante es ser inflexible con la teoría y el programa que se desprende de ella, y atesorar sobre todo las lecciones aprendidas de las derrotas.

(1) Marx-Engels, La ideología alemana, 1845-46, Akal, Madrid 2014.

La ¿última? crisis del PCE ...

(viene de la pág. 1)

ventudes del partido, buscaba precisamente impugnar esta línea con la pretensión de resucitar de algún modo la autonomía de la organización frente a las corrientes que en apariencia lo han engullido.

Siempre según la prensa, el conflicto entre ambas corrientes se resolvió con una mezcla de puñetazos y de las clásicas maniobras arteras encaminadas a anular a uno u otro de los contendientes por la vía burocrática. El resultado fue una victoria con relativa comodidad de la corriente mayoritaria que no le permite prescindir de los minoritarios pero que refuerza en última instancia la participación del partido en los organismos de gobierno y en la coalición impulsada por Yolanda Díaz.

Se equivocará de parte a parte quien piense que en esta guerra de burocratas a cuyos bandos únicamente distingue la pretensión de ocupar uno u otro sillón, hay dos tendencias que se diferencian en algún punto importante: el proceso de decantación de líderes hacia los puestos ministeriales que se abrió con la entrada del PCE en el gobierno ha funcionado, a la vez, como una fuerza centrífuga que expulsa a tantas otras personalidades de renombre en el partido lejos de los puestos de mando. En esta vulgar pelea de camarillas no hay otra cosa que problemas de matices y si algunos grupos de la izquierda del PCE que tienen a este como referente directo ya están salvando es porque piensan que pueden lograr captar la parte jugosa de una hipotética escisión, que lo sería por llevar la carnada de unos cuantos concejales o algún que otro fondo del partido.

Esta lucha interna, que con casi toda seguridad no acabará en ruptura (porque nadie se baja del barco que todavía es seguro y navega con el viento a favor que da su alto nivel de participación institucional) no tiene más relevancia que cualquiera de las anteriores y no merecería la pena dedicarle ni una sola línea si no fuese porque la cuestión que está en el centro, la participación del PCE en el gobierno, permite hacer una serie de valoraciones importantes sobre la relevancia que, ya no el PCE sino la corriente estalinista entendida en un sentido amplio (el PCE, sus escisiones de los últimos 30 años y los grupos que orbitan en torno a él), tiene para la clase proletaria aún en un sentido obviamente negativo.

Desde que en 2019 la coalición electoral Unidas Podemos (Podemos e Izquierda Unida, plataforma en la que

está incluido el PCE) llegase al gobierno mediante un pacto con el PSOE, el papel del Partido Comunista no ha sido menor. Para entender el porqué hay que remontarse unos años atrás. La sucesión de eventos políticos que ha tenido lugar en España desde que comenzó la crisis de 2008-2013 ha tenido como característica principal la aparición de una serie de fuerzas parlamentarias que han roto la exclusividad bipartidista forjada en la Transición. La principal de estas fuerzas, al menos hasta las últimas elecciones, ha sido Podemos, que acompañó su aparición en los ámbitos europeo y nacional con algunas victorias en el terreno municipal mediante un sistema de alianzas con pequeños grupos de ámbito local. Desde 2014, año en que Podemos saltó a la palestra logrando cuatro diputados al Parlamento europeo, se habló del *populismo* como una nueva corriente de izquierdas que venía a sustituir a los grupos tradicionales de este signo y que parecía tener una dimensión europea (Syriza en Grecia, Movimiento 5 Estrellas en Italia...) si no mundial (corrientes «socialistas» latinoamericanas). Los teóricos de este movimiento (Laclau, Mofe... entre otros) y sus políticos nacionales se presentaban como el revulsivo que acabaría con décadas de inercia de la izquierda y sus formas públicas, su estridencia mediática, la «batalla cultural» que comenzaba en los programas del corazón y acababa en el Parlamento, como el secreto por fin revelado de la lucha política.

Sin entrar a realizar un análisis de profundidad de estos movimientos populistas (1), puede verse cómo, en líneas generales, su fuerza parte de la capacidad que han tenido para representar los intereses de las clases medias más golpeadas por la crisis capitalista y a la vez de subordinar estos, en el ámbito parlamentario, a las exigencias del mantenimiento del orden tradicional de las fuerzas políticas revigorizando el sistema bipartidista. A esta doble función se debe tanto su éxito inicial como su retroceso parcial en los últimos años y con este bagaje deberán contar sus politólogos para explicar el futuro inmediato que les espera, más allá del enriquecimiento personal y de la promoción profesional tan características de esa politicanería de la que decían abominar.

Pero sea cual sea la forma de la desintegración del proyecto originario (ese «asalto a los cielos» que se ha quedado en puñaladas entre compañeros y un gusto desmedido por los sillones) a día de hoy ya es un hecho que el eje que mantiene unidos los restos de las «fuerzas del cambio» y el único que puede garantizar su pervivencia es el estalinismo tradicional (*). Es por ello que, durante los últimos dos años, en los que se ha desa-

rollado una política represiva nunca vista en tiempos de paz, una legislación anti proletaria brutal y, a al vez, un inmenso esfuerzo para lograr una movilización interclasista para reforzar la solidaridad nacional para amortiguar las consecuencias de los sacrificios que la clase obrera debía soportar, las figuras estelares del Podemos de 2014 han caído una tras otra y al frente del «sector de izquierdas» que decían representar en el Gobierno ha quedado Yolanda Díaz, militante del PCE y heredera por vía política y familiar de la política estalinista tradicional.

Ahora, con la puesta en marcha de la coalición *Sumar*, se reconoce abiertamente que sólo estas fuerzas estalinistas tienen la capacidad para cumplir con la función de control sobre la clase proletaria que requiere la situación. Sólo estas garantizan el apoyo de la patronal y los sindicatos, sólo estas logran el apoyo unánime de la burguesía y los «agentes sociales»...

La fuerza de la oleada contrarrevolucionaria del estalinismo aún está lejos de agotarse.

En 1951, refiriéndonos a la fuerza contrarrevolucionaria que suponía el estalinismo y refiriéndonos a ella como *tercera oleada de degeneración oportunista* (2), escribíamos

La tercera oleada histórica del oportunismo reúne las peores características de las dos precedentes, en la misma medida en que el capitalismo moderno incluye todos los estadios de su desarrollo.

Terminada la segunda guerra imperialista, los partidos oportunistas, ligados a todos los partidos abiertamente burgueses, en los Comités de Liberación Nacional, participan con éstos en gobiernos constitucionales. En Italia, participan inclusive en gabinetes monárquicos, dejando la cuestión institucional de la forma del Estado para momentos más «oportunos». Por consiguiente, niegan el uso del método revolucionario para la conquista del poder político por parte del proletariado, sancionando la necesidad de la lucha legal y parlamentaria a la cual deben ser subordinados todos los impulsos clasistas del proletariado, con vistas a la conquista del poder político por la vía pacífica y mayoritaria. Postulan la participación en gobiernos de defensa nacional, impidiendo todo desorden a los gobiernos empeñados en la guerra, así como en el primer año del conflicto mundial evitaban absolutamente sabotear a los gobiernos fascistas y, es más, alimentaban su potencial bélico con el envío de mercancías de primera necesidad.

(sigue en pág. 6)

La ¿última? crisis del PCE ...

(viene de la pág. 5)

El oportunismo sigue su proceso desastroso sacrificando la Tercera Internacional, incluso formalmente, al enemigo de clase del proletariado, al imperialismo para «el ulterior reforzamiento del frente único de los Aliados y de las otras naciones unidas». Se verificaba así la histórica previsión de la Izquierda italiana, anticipada desde los primeros años de vida de la Tercera Internacional. Era inevitable que el agigantarse del oportunismo en el movimiento obrero llevase a la liquidación de todas las exigencias revolucionarias.

La reconstitución de la fuerza clasista del proletariado mundial se presenta pues fuertemente retardada y difícil, y exigirá un esfuerzo mayor.

Históricamente, la fuerza del estalinismo ha estado en su capacidad para imponer a las masas proletarias, incluso en las situaciones más duras y trágicas, una política de colaboración entre clases -heredando esta política del fascismo- tanto más firme cuanto que era capaz de hacerla pasar como una defensa de sus intereses de clase tanto en el ámbito nacional como en el internacional.

Esta política de colaboración entre clases -que incluye la política de la competencia entre proletarios- ha tenido como base material, durante todo el ciclo histórico del estalinismo, los inmensos beneficios extraídos por la burguesía de las principales potencias imperialistas de la explotación del proletariado en el proceso de reconstrucción económica posterior a la IIª Guerra Mundial: el gran «pacto social» de la postguerra consistió en la dedicación de una pequeña parte de este beneficio extraordinario para mantener los amortiguadores sociales que garantizaban (y garantizan aún) a los proletarios de estos países unas garantías mínimas contra la miseria. En este entramado de garantías, mejoras en las condiciones de vida respecto a las décadas precedentes, etc. la corriente estalinista organizada en los diferentes partidos nacionales (junto con la socialdemocracia que en numerosas ocasiones ha tenido tareas gubernamentales) ha sido ella misma mantenida como instrumento al servicio de las clases dominantes que, mediante la gestión del sistema de ventajitas sociales, ha logrado una influencia decisiva entre los proletarios, inyectando en estos el virus paralizante de la defensa de la economía nacional, la solidaridad entre clases, etc.

La acción conjunta de estas fuerzas contrarrevolucionarias, socialde-

mocracia y estalinismo, ha logrado atemperar la fuerza social de la clase proletaria cuando esta, en situaciones de crisis económica y social, ha amenazado con emerger y romper la terrible paz social reinante. Ha sido capaz de gestionar los recursos que el prolongado ciclo de expansión económica ha puesto a su disposición para debilitar la intensidad de estas potenciales reacciones clasistas, manteniendo al menos a una parte de determinados sectores proletarios elevada por encima de las condiciones mínimas de supervivencia mientras que permitía a la clase burguesa dirigir su ofensiva contra los estratos más desprotegidos.

¿Ha concluido esta labor histórica del estalinismo y del post estalinismo? No. Por mucho que, como es evidente, su fuerza, su influencia, entre la clase proletaria ya no es tan directa como lo fue hace décadas, este debilitamiento es únicamente superficial. Desde un punto de vista histórico, la influencia de las corrientes oportunistas entre la clase proletaria, ha decaído únicamente cuando las bases materiales de la política de colaboración entre clases que defienden se han debilitado lo suficiente como para permitir, por un lado, la aparición de fisuras en la paz social debidas a que algunos sectores proletarios han sido lanzados a la lucha y, por otro, la formación de una vanguardia de clase enucleada en torno al partido revolucionario capaz de combatir teórica y políticamente la influencia de las corrientes oportunistas con las armas del marxismo revolucionario. Así, la corriente oportunista clásica de Bernstein sufrió el duro golpe de la Revolución Rusa de 1905 y la respuesta de las corrientes organizadas en torno a la izquierda del Partido Socialista Alemán y al Partido Bolchevique, que combatía a la vez a la derecha del socialismo ruso portadora de una valoración muy similar a la del político alemán. La segunda oleada oportunista, caracterizada por el frente unido de los partidos socialdemócratas y las burguesías nacionales para la Iª Guerra Mundial, tuvo su respuesta en el triunfo proletario del octubre soviético y en la restauración del marxismo sobre sus bases correctas realizada por Lenin y los bolcheviques, así como por la aparición de la corriente de la Izquierda de Italia y otros destacamentos marxistas en países como Alemania, Serbia, etc. La III Internacional fue, en gran medida, la organización de la lucha teórica y política contra la influencia del oportunismo entre grandes estratos del proletariado europeo y americano.

¿Ha encontrado el estalinismo, fuerza contrarrevolucionaria de intensidad mucho mayor que las anteriores, su fin? ¿Se ha vivido una situación similar a aquellas de 1905 o 1917? Es evi-

dente que la respuesta es no. Durante prácticamente el último siglo la clase proletaria ha vivido presa del dominio de esta última corriente oportunista, que recoge todos los elementos clave de las vividas previamente y que duplica su influencia sobre los proletarios.

Es por ello que la caracterización que realizamos los marxistas de las diferentes fuerzas, corrientes o partidos que pretenden influir a los proletarios, llevándoles por la vía de la solidaridad interclasista, por el camino del parlamentarismo, de la colusión económica con la patronal a través de los organismos nacionales e internacionales de mediación, etc. se base en reducir al mínimo común múltiplo que estas corrientes comparten con el estalinismo y de ahí deducir tanto sus rasgos secundarios como su evolución futura: porque su naturaleza es exactamente la misma que la del estalinismo, porque las bases materiales para el predominio absoluto de esta corriente no han desaparecido.

Sobre el terreno concreto, en los últimos años hemos visto cómo las fuerzas políticas de izquierda emergidas tras la crisis económica de 2008, Podemos principalmente, pero también las candidaturas municipalistas, etc., han tenido que recurrir al PCE tanto para nutrir de cuadros medios sus aparatos de partido como para ocupar los puestos técnicos a los que obliga la política parlamentaria, la participación en los Ayuntamientos y el Gobierno. La fuerza de estos «advenedizos» ha residido únicamente en la campaña de márketing que la prensa y la televisión hicieron para lanzarles al gran público, para hacer cundir su mensaje, que esencialmente era la necesidad de un bloque parlamentario de izquierdas para defender a «los de abajo», pero que no tenía absolutamente nada más. No han pasado ni diez años desde que este «cambio» se puso en marcha y ya han tenido que ceder en todos los terrenos (político, organizativo, etc.) ante una fuerza que acumulan décadas de experiencia como es el PCE. Después de años de «nueva política» va a ser la hija heredera de la mejor tradición anti proletaria la que se encargue de tomar los remos de este no tan nuevo oportunismo.

¿Qué esperar?

Un error simétrico a aquel que pretende ver en cada renovación de caras que acontece en las corrientes oportunistas, que pretende que cada nuevo Podemos o Syriza hay una transformación definitiva de las fuerzas anti proletarias, es aquel que afirma que estas fuerzas no tienen ningún margen de maniobra excepto el de ilusionar y engañar a la clase obrera con trucos de ilusionista político. Según estas posi-

ciones, mantenidas por grupos y corrientes que se pretenden revolucionarios e incluso marxistas, la base de actuación del oportunismo estaría limitada por el hecho de que ya no hay margen posible para la política de colaboración entre clases que se basa en las reformas, la consecución de mejoras para algunos sectores del proletariado, etc.

Siempre según estas corrientes, la crisis capitalista (que suelen pretender eterna, sin posibles nuevos periodos de recuperación e incluso expansión económica) limitaría la capacidad de lograr reformas sobre el terreno político o económico y, por lo tanto, anularía la fuerza real del estalinismo y del post-stalinismo, cualquiera sea la forma que este tome. De esta manera, basándose en una afirmación marxista totalmente correcta, aquella según la cual la fase histórica de la burguesía como ascendente capaz de mejorar parcialmente las condiciones de existencia del proletariado mediante la extensión del comercio y la industria ha terminado y se ha abierto lo que la III Internacional llamó «era de la guerra y la revolución», pretenden que resulta imposible, en todo ámbito, que la política reformista y oportunista tenga un efecto real.

Esto es evidentemente falso. En primer lugar porque la crisis del capitalismo no es crónica, es decir que, si bien los márgenes económicos que permitan desarrollar una política de colaboración entre clases sustentada en la existencia de los famosos amortiguadores sociales nacidos con la fase de expansión de postguerra, se ha reducido notablemente con el retorno de las crisis periódicas a partir de la de 1975, en absoluto puede afirmarse que esté excluido un nuevo periodo de auge económico que revierta, siquiera parcialmente, esta situación. Quienes afirman lo contrario, olvidan que el fin necesario de la sucesión de crisis y periodos de expansión es la guerra imperialista generalizada, tal y como sucedió en 1914 y en 1939 y que, tras una guerra de tal escala, la reconstrucción económica permite alcanzar tasas de beneficio increíblemente superiores a las de los periodos de preguerra. Es más, olvidan que aún antes de llegar al enfrentamiento bélico, la dinámica económica que dan lugar al auge de la industria militar como fuerza capaz de absorber el excedente de capital y mano de obra de otros sectores, permite un crecimiento económico capaz de revivir las políticas de cohesión social que históricamente la burguesía ha sido capaz de poner en marcha. Basta recordar el ejemplo de los años '30 del siglo pasado para poder entender este punto.

Una vez puesto en evidencia que el capitalismo ha encontrado y encontrará, por sí mismo, la capacidad para

salir de las largas depresiones que caracterizan momentos como el actual y que, por lo tanto, los fundamentos económicos para garantizar la fuerza de las políticas interclasistas defendidas por las corrientes oportunistas reaparecerán de una manera u otra, se puede afirmar que, por el mismo motivo, las nuevas configuraciones de estas corrientes tienen un recorrido potencialmente largo porque aún tienen un papel que cumplir ante la burguesía.

Piénsese, sin ir más lejos, en el caso de España durante los últimos dos años y medio: ante una crisis económica y social como la que apareció con la pandemia Covid-19, que trajo centenares de miles de despidos en pocos días, que abocó a las «colas del hambre» a tantísimos proletarios, que provocó la muerte de casi cien mil personas, sobre todo ancianos a los que se dejó morir por orden directa de la burguesía... Los resortes sociales puestos en marcha por el gobierno de PSOE-Podemos han sido capaces de atenuar la tensión social resultante. Han logrado mantener postrada a la clase proletaria ante el mayor *shock* en décadas, han logrado una movilización de tipo cuasi militar, obligando a la población a confinarse en su domicilio mientras se garantizaba el «derecho» de la burguesía al lock-out generalizado... Durante aquellos meses, se puso en marcha medidas que hacían al Estado cargar con el coste nacional de la mano de obra (garantizando así el mantenimiento de la plusvalía que la burguesía necesita para existir) algo que tuvo su contrapartida en el hecho de que a millones de proletarios se les subsidió sin necesidad de desempeñar ningún tipo de trabajo. ¿Se atreve alguien a afirmar que no hay lugar para las reformas?

La cuestión central es que, de la misma manera que el dominio de la burguesía sobre el proletariado es un hecho no sólo económico y social, sino sobre todo político, la fuerza que despliega en todos los terrenos el oportunismo, tanto el que tiene un corte estalinista como el socialdemócrata, se apoya sobre el dominio económico, social e ideológico burgués para reforzarlo políticamente respecto al proletariado. Esta fuerza es su capacidad de mantener a la clase proletaria dentro de los límites de la solidaridad con sus explotadores, de hacerle compartir sus necesidades como propias, de anular cualquier tipo de reacción ante su situación. Y si bien tiene una base material, es capaz de subsistir durante largos periodos incluso cuando esta se ha visto seriamente mermada.

Los próximos años veremos cómo, bajo la tutela del PCE y quizá con el refuerzo de otras corrientes satélites suyas, se produce una concentración de las fuerzas oportunistas a la iz-

quierda del PSOE con una política dirigida hacia la clase obrera mucho más nítida que aquella adoptada por Podemos hace casi una década. Veremos también como, en un hipotético auge de las luchas obreras -cuyos movimientos precursores los estaríamos viendo en las recientes huelgas de Cádiz o Cantabria- redobla su tinte «reformista» haciendo acopio de la experiencia que ha acumulado a lo largo de las décadas pasadas y a la vez del formidable ejercicio de disciplina social que impuso durante la pandemia.

Frente a esta más que posible situación, la crítica al oportunismo como algo «desfasado», que caerá por su propio peso o que puede ignorarse hasta hacerlo desaparecer, implicará negar el combate político marxista y revolucionario que es necesario llevar a cabo sobre este terreno y, sin el cual, su dominio estará garantizado.

NOTAS

(1) Ver para ello *El populismo, ideología pequeño burguesa y reaccionaria, es tan antiproletaria como lo es la democracia burguesa* en *El Proletario* nº 14, junio-agosto de 2017.

(2) La primera fue la que tuvo lugar a finales del siglo XIX con la aparición de la corriente reformista de Bernstein y la segunda la clásica socialdemócrata que llamó a la colaboración entre clases sobre el terreno de los frentes de guerra en 1914. Ver, para ello, nuestro texto *Tesis características del partido* en *El Programa Comunista* nº 44, septiembre de 2001.

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de donde ha sido tomado.

Puntos de contacto

Madrid: para contactar, escribir a la dirección del periódico o al correo electrónico.

Valladolid: Segundos viernes de mes, de 19:30 a 21:00, en el local de la Biblioteca Subversiva Antorchas (C/ Pinguino, 11, barrio de Pajarillos, Valladolid).

Las luchas en el metal...

(viene de la pág. 7)

Por estos dos motivos, por la importancia económica del sector pero también por su relevancia social, afirmábamos entonces que la ofensiva de la clase burguesa contra los proletarios del metal, que comenzó en Vizcaya en el verano de 2019 con la lucha contra el convenio sectorial que patronal y sindicatos buscaban imponer a los trabajadores, marcaría el tono del conjunto de las medidas anti proletarias que esta misma clase burguesa se preparaba para imponer en el momento en que las necesidades económicas de una crisis que se veía más que probable.

La posterior crisis sanitaria del coronavirus no modificó, en absoluto, las bases que justificaban esta previsión. En primer lugar porque el lock out que casi unánimemente decretaron todas las burguesías mundiales durante marzo y abril de 2020 no redujo el volumen de sobre producción existente en términos mundiales: si durante ese periodo de tiempo no se fabricó, tampoco que consumió y el saldo resultó inalterado. Por otro lado porque se pudo comprobar que fue en la industria pesada y especialmente en la del metal y la automoción donde la burguesía tuvo que imponer sus medidas restrictivas y represivas con más energía. Durante los primeros días del Estado de alarma en España, por ejemplo, fueron los paros en estos sectores, espontáneos y salvajes, los que obligaron a las empresas y al Estado a garantizar un mínimo de seguridad en el puesto de trabajo ante lo que entonces era una amenaza sanitaria desconcertante (2). Ejemplos como el de los trabajadores de Mercedes-Benz en Vitoria, que incluso tuvieron que enfrentarse a la policía dentro de la misma factoría cuando exigían garantías sanitarias, los hubo entonces en diferentes lugares y el desprecio y el boicot que sufrieron por parte de las organizaciones sindicales y los partidos de la izquierda marcaron el desprecio con el que fueron tratadas miles de vidas en los meses siguientes.

Pero ha sido en los últimos meses cuando esta tensión que se acumulaba en el sector ha tenido diferentes estallidos.

El primero y más relevante de todos fue la fortísima huelga que los trabajadores de subcontratas del naval de **Cádiz**, cuando los trabajadores temporales, empleados en la industria auxiliar que sirve a Navantia y a alguna otra gran empresa del sector, llevaron a cabo una huelga en noviembre del año pasado que logró incluso romper el bloqueo que los grandes medios de comunicación imponen a este tipo de situaciones. Las reivindicaciones de los huelguistas tenían que ver con el aumento salarial tenían que ver con el salario (subida del

2,5% más el IPC anual en 2022 y del 3% más IPC anual para 2023) pero especialmente con las condiciones laborales de los trabajadores de auxiliares, que padecen una situación mucho peor que los trabajadores fijos de la empresa pública y que ni siquiera tienen derecho efectivo a representación sindical. Como es sabido, la huelga se caracterizó por una gran decisión por parte de los trabajadores, que organizaron piquetes y manifestaciones tanto en los polígonos industriales como en el centro de Cádiz, recibiendo gran apoyo de la población proletaria de la ciudad incluso cuando estos actos acababan con enfrentamientos con la policía. Fue durante esta huelga cuando el gobierno de PSOE y Podemos decidió enviar un destacamento de anti disturbios armado hasta los diques y con una tanqueta de ataque táctico para amedrentar a los huelguistas realizando un gran despliegue intimidatorio en los barrios obreros. Finalmente, las organizaciones sindicales, principalmente CC.OO. y UGT, que se reunían con la patronal fuera de Cádiz por temor a la presión que pudieran sufrir en la ciudad, decretaron la vuelta al trabajo firmando un convenio que recogía las exigencias de la patronal y que fue votado mediante un sistema de asambleas amañado de sobra conocido por haber sido empleado ya cientos de veces cuando la situación amenaza con desbordarse. Después del cese de la huelga, llegó el momento de la represión: cientos de multas a trabajadores por «manifestación ilegal» o «desórdenes públicos» y unos cuantos, los más significados durante los enfrentamientos, detenidos en sus casas en un nuevo intento por amedrentar a los proletarios combativos.

El resultado de esta huelga pudo verse desde el primer día: las empresas más afectadas por la misma afirmaron que se negaban a aplicar la ridícula subida salarial (2% anual), los trabajadores de auxiliares continúan en la misma situación de total y absoluta precariedad... De ninguna manera los resultados de la negociación entre sindicatos y patronal pueden ser vistos como una victoria, aunque los medios de comunicación y periodistas más próximos al gobierno se apresurasen en su momento a hablar de tal cosa.

La segunda oleada de huelgas tuvo lugar, durante los meses de mayo y de junio, en **La Coruña**. Esta vez se trató de una serie de huelgas parciales exigiendo el pago del incremento del 6.5%, correspondiente al IPC para 2021. La organización la Confederación Intersindical Galega y arrastró, según el sindicato, al 80% de los trabajadores de la gran industria.

Realmente, esta huelga hay que entenderla unida a las huelgas del metal de **Orense** (del mismo junio de este año) y de **Pontevedra** (de 2021), dado que únicamente la pretensión ultra legalista

de las organizaciones sindicales divide conflictos que se dan en un mismo tejido industrial, con trabajadores que rotan de una a otra región y que tienen condiciones laborales idénticas. En general, puede hablarse de un año de movilizaciones en el sector del metal gallego que han colocado como exigencias principales el incremento salarial ante una inflación desbocada y la consiguiente merma de sus condiciones de vida y de trabajo.

Otro ejemplo de este tipo de movilizaciones lo tenemos en la huelga del metal de **Cantabria**, posiblemente la más numerosa de los últimos años y que duró más de 20 días. Durante este tiempo, los trabajadores realizaron piquetes y manifestaciones diarias en la que los proletarios exigían, de nuevo, un incremento salarial acorde con la inflación. Durante prácticamente tres semanas la huelga creció sin parar, arrastrando a todas las pequeñas empresas de la región y amenazando con paralizar la totalidad de la actividad económica. Así hasta llegar a su punto culminante, cuando los sindicatos CC.OO. y UGT, que sencillamente no sabían cómo salir de una situación en la que los trabajadores les exigían seguir adelante y la patronal les recordaba su compromiso nacional de no llevar reivindicaciones salariales, optaron porque Yolanda Díaz, la súper ministra y futura candidata presidencial del PCE, se encargase de la mediación. Y desde luego que lo hizo: en un día se pactaron unas condiciones totalmente alejadas de las exigencias iniciales (6% de subida salarial, con una inflación del 10%) y se aprobaron en una «asamblea general» en la que no se pudo evitar que el 35% de los asistentes votasen en contra del acuerdo.

Finalmente, el caso de **Euskadi** donde de nuevo la capacidad de las organizaciones sindicales de imponer a los trabajadores medios de lucha completamente ineficaces logró dividir las huelgas del metal de Vizcaya y Álava, separando objetivos que realmente son comunes, evitando presentar un frente común entre ambas a una patronal que, desde luego, es la misma a ambos lados del límite provincial. En este caso el hecho es más sangrante aún: contando con el ejemplo de los trabajadores de Tubacex que, tras siete meses de durísima huelga, de enfrentarse a la represión policial, de recibir presión por parte de patronal, Estado y sindicatos, lograron la readmisión de 129 despedidos en un ejemplo de que la fuerza de la clase obrera organizada es la única con la que cuentan los proletarios; contando, decimos, con este precedente directo, de la misma región y el mismo sector, los sindicatos y la patronal han tenido mucho cuidado en mantener las movilizaciones y las huelgas debidamente fragmentadas, convocando en días sueltos, sin conti-

nidad y mucho menos sin organizar prácticamente las convocatorias más allá del clásico paseo sindical.

Todas estas movilizaciones muestran que, bajo la fortísima presión que los proletarios padecen, una presión dirigida por la clase burguesa y que tiene como objetivo mantenerlos encuadrados dentro de los límites de la solidaridad interclasista, de la defensa de la economía nacional, de la resignación ante las medidas draconianas que se les ha impuesto durante los últimos dos años, existe la capacidad de reaccionar al menos contra las consecuencias más inmediatas de estas políticas anti proletarias, de luchar sobre el terreno económico, manteniendo exigencias salariales como se ha hecho en Cádiz, Cantabria, Galicia o Euskadi... Una clase proletaria joven, que ha padecido las consecuencias de la reconversión industrial y de todo el largo (y duro) proceso de liquidación de las mejoras laborales que se lograron hace 50 ó 60 años mediante durísimas luchas así como de la desaparición de los pequeños núcleos de proletarios que podían transmitir esta experiencia de enfrentamiento con la clase enemiga, tiene de cualquier manera la fuerza para enfrentarse a las imposiciones patronales y para extender su lucha más allá de los límites que tanto la burguesía como sus aliados (sindicales, políticos, etc.) quieren mantener como inapelables.

Pero este tipo de episodios, estas experiencias que tienen una importancia que va más allá del momento concreto en el que se desarrollan y desaparecen, sólo tendrán valor más allá del corto plazo y de la satisfacción personal de sus protagonistas, si las vanguardias proletarias son capaces de extraer un balance claro de los resultados obtenidos y de sistematizar unas lecciones que deben ser generalizables más allá de cada caso concreto.

En los casos que nos ocupan, más allá de la demostración de fuerza que todos y cada uno han supuesto, debe concluirse que se han cerrado con una derrota sobre el terreno reivindicativo para la clase obrera. Como hemos señalado, la práctica totalidad de las exigencias que se han planteado en la negociación de los convenios colectivos que han dado lugar a los conflictos eran de tipo salarial. Y, debe decirse, tampoco eran exigencias muy ambiciosas: dada la espiral inflacionaria que vive la economía mundial, las reivindicaciones de incrementos por debajo del IPC son de por sí cesiones a la patronal. Pero, incluso pasando esto por alto, los convenios colectivos se han firmado aceptando incrementos menores a los exigidos en un primer momento. ¿Qué significa esto? Sencillamente que se ha tenido que aceptar descensos en el salario real. Por el lado patronal: un descenso del

precio de la mano de obra contratada y un incremento potencial del beneficio que se puede obtener. Más allá de las implicaciones que esto tiene sobre los trabajadores del metal afectados, la burguesía ha logrado imponer unas condiciones que le son muy ventajosas para ella *como conjunto*: en la actual situación económica, lograr un descenso de los salarios reales en un sector tan importante como el metal le permitirá descargar sobre los proletarios el peso de los ajustes que le es imprescindible realizar para evitar que la inflación se desboque y que el resto de sectores se vean afectados, mantiene los niveles de beneficio que extrae de la explotación de la mano de obra en los niveles mínimos que le son aceptables y, por lo tanto, encara la crisis con esa ventaja. Durante los últimos meses se ha hablado mucho de un *pacto de rentas* a nivel nacional, es decir, de una política que impida el incremento de los salarios evitando ajustarlos a la inflación a cambio de un compromiso por parte de los empresarios de no trasladar el aumento de los precios de materias primas, productos semielaborados, costes salariales, al precio final de las mercancías. Como se ve, parte de este pacto de rentas se está realizando por la vía de los hechos con este tipo de victorias y, si llega el momento de formalizarlo en un gran acuerdo nacional, estas significarán un valioso terreno ganado desde el que negociar. Por otro lado, derrotada en el terreno de las reivindicaciones salariales la parte de la clase obrera que, por su concentración, tradición de lucha, etc. tiene más facilidades para combatir, se ha doblegado uno de los principales focos de resistencia que se podía oponer a sus exigencias y le resultará mucho más sencillo derrotar, uno tras otro, el resto de posibles conflictos que puedan tener lugar en los próximos tiempos.

Pero de esta derrota que ha tenido lugar en términos de las exigencias más inmediatas, se puede extraer valiosas lecciones que pueden suponer una victoria en términos mucho más amplios. Recordamos el *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels

Los obreros arrancan algún triunfo que otro, pero transitorio siempre. El verdadero objetivo de estas luchas no es conseguir un resultado inmediato, sino ir extendiendo y consolidando la unión obrera. Coadyuvan a ello los medios cada vez más fáciles de comunicación, creados por la gran industria y que sirven para poner en contacto a los obreros de las diversas regiones y localidades. Gracias a este contacto, las múltiples acciones locales, que en todas partes presentan idéntico carácter, se convierten en un movimiento nacional, en una lucha de clases. Y toda lucha de clases es

una acción política. (3)

La verdadera fuerza de la clase proletaria no reside en la situación que vive en la sociedad burguesa en un sentido estrictamente económico, en si disfruta de un salario mejor o peor, unas condiciones laborales que le permiten vivir o simplemente sobrevivir. En última instancia la fuerza económica de la sociedad siempre va a pertenecer a la clase burguesa, propietaria de los medios de producción y capaz de apropiarse de la riqueza social que surge del trabajo colectivo, bien sea por el derecho que emana de la ley bien sea por la acción política más elemental, la fuerza, a la que recurre siempre que le es necesario. La verdadera fuerza de la clase proletaria reside en que reúne a los proletarios más allá de su situación particular, más allá de todas las experiencias individuales o colectivas, precisamente en una clase, en una fuerza social capaz de oponerse en términos inmediatos y generales a las clases enemigas. La experiencia que la clase proletaria puede extraer de una derrota se vuelve positiva si con ello logra extender su organización destinada a la lucha. Y aquí reside el valor potencial de estos ejemplos de lucha que hemos señalado más arriba. En un contexto no sólo de crisis económica sino de terrible presión por parte de la clase burguesa, que ha impuesto las medidas más duras que se recuerdan fuera de los periodos de guerra, esta misma clase burguesa podía dar por descontada cierta facilidad para imponer sus exigencias económicas. Pero no le ha resultado tan sencillo: ha tenido que recurrir a la represión, a la traición sindical, etc. mostrando su verdadera cara, lejos de aquel «saldremos más fuertes» que no se ha cansado de repetir desde marzo de 2020, y sus verdaderos intereses. Esto, en la medida en que puede contribuir a resquebrajar la irrespirable paz social bajo la cual se confinó a los proletarios en sus casas, se permitió la muerte de decenas de miles de personas por un virus cuya letalidad podía haberse atenuado con las medidas sanitarias adecuadas, se ha despedido a cientos de miles de proletarios y se ha reducido el sueldo mediante los célebres ERTEs a varios millones mientras que las empresas así lo han requerido, puede servir de ejemplo y de punto de referencia para futuras luchas.

Pero, para ello, es imprescindible que la clase proletaria extraiga unas lecciones, siquiera mínimas sobre lo que estas luchas pasadas han significado. Por un lado, sólo la lucha llevada a cabo con medios y métodos de clase está en condiciones de hacer posible (pero no de garantizar) la victoria proletaria. La huelga sin preaviso ni duración predeterminada, la defensa de la lucha por todos los medios necesarios contra los ataques represivos, la extensión de la misma mediante piquetes, manifestaciones, etc. que

(*sigue en pág. 10*)

El Comunista y su visión anti marxista del problema sindical

En estas páginas ya nos hemos ocupado con anterioridad de las posiciones mantenidas por el grupo que publica *El Comunista nueva edición* al respecto de temas como la cuestión catalana (ver *El Proletario* nº 16 de Enero-Mayo de 2018), su particular reivindicación de la historia de la Izquierda Comunista de Italia (*El Proletario* nº 23 de Julio de 2021) o de una visión general de su verdadero papel en la escisión de la sección española de nuestro partido de ayer (*El Proletario* nº 1 de diciembre de 2012).

Para nosotros este tipo de trabajos críticos, que van encaminados no tanto a dar una visión general sobre un problema sino a poner en cuestión las tesis falsamente marxistas de corrientes que, como *El Comunista nueva edición*, se reivindican de la tradición de la izquierda comunista de Italia, tienen un valor especialmente importan-

te: el marxismo no es un sistema de ideas, sino una doctrina que explica las condiciones de emancipación de la clase proletaria y muestra los problemas (políticos, organizativos, tácticos) que la lucha de clase del proletariado encaminada a tal fin implicará sobre diferentes terrenos (el de la lucha teórica, el de la lucha política y el de la lucha inmediata por seguir la clasificación de Engels). Entre estos problemas el principal es el del partido de clase: su doble naturaleza (histórica e invariante y formal y contingente) observada desde un punto de vista práctico implica, a lo largo de su existencia, la sucesión de fases de auge y consolidación de un partido formal acorde con las exigencias teóricas y doctrinales que conforman el partido histórico (así fue durante los años de Lenin en el Partido Bolchevique o los de la Izquierda al cargo del

PC de I) y de declive y destrucción, por infección oportunista generalmente, del cuerpo sano del partido contingente que, o bien desaparece en su práctica totalidad (como durante el periodo que transcurrió desde 1851 hasta 1864, cuando el partido formal quedó reducido básicamente a la figura de Marx y Engels) o se vuelve un ente completamente ajeno al marxismo y a las necesidades de la lucha revolucionaria, colocándose en el terreno opuesto al del comunismo revolucionario y trabajando abiertamente para la burguesía (que es lo que ha acontecido desde 1928 hasta hoy). El estudio de estas fases de auge y declive es una exigencia que se plantea a la vez sobre el terreno teórico y sobre el terreno político a los compañeros, muchos o pocos según la ocasión, que se agrupan bajo la bandera del partido comunista. Sobre el terreno teórico porque, indudablemente, es el cuerpo teórico del marxismo el que proporciona las claves para entender estos flujos y reflujos, que únicamente pueden plantearse sobre bases materialistas y deterministas si no se quiere caer en el estúpi-

Las luchas en el metal...

(viene de la pág. 9)

naturalmente serán prohibidos y atacados, etc. Todas estas son vías de lucha que están totalmente excluidas tanto de los «derechos» que proporciona la legislación laboral como del elenco de propuestas que las grandes organizaciones sindicales y los partidos de izquierda ofrecen a los proletarios. Pero son las únicas que colocan a los trabajadores en condiciones de, al menos, poder aspirar a la victoria sobre el terreno de las reivindicaciones parciales inmediatas. Sobran los ejemplos de luchas enviadas directamente a la derrota por haber malgastado las fuerzas de los proletarios en paros parciales, peticiones a los poderes políticos, confianza en la mediación institucional, etc.

Por otro lado, es evidente que la patronal, los grandes (y pequeños) sindicatos de concertación y el resto de agentes sociales, forman un único bloque anti proletario. Si durante los periodos de paz social existe un cierto reparto de tareas, por el cual las organizaciones sindicales median entre patronal y Estado para lograr algunas mejoras para los proletarios de esta o aquella empresa e incluso recurren de vez en cuando a alguna huelga simbólica para contener la tensión que puede surgir entre los trabajadores, la realidad es que a la hora de la verdad patronal, sindicatos y cualquier otro «agente representativo» se colocan en un mismo sentido y desempeñan cada uno su parte de una tarea común: vencer a los proletarios que se lanzan a la lucha. Lo hemos visto en Cádiz, cuan-

do CC.OO. y UGT, que ni siquiera convocaban la huelga, impusieron la vuelta al trabajo con el apoyo de las tanquetas policiales. O en Cantabria, con la entrada en escena de Yolanda Díaz para imponer la autoridad del gobierno progresista y acabar con las movilizaciones. Ante esto, la clase proletaria únicamente puede oponer la fuerza de su propia organización clasista, la extensión de los núcleos proletarios que, por pequeños que sean, fuera o dentro (por difícil e improbable que esto sea) de las organizaciones sindicales colaboracionistas, son capaces de extraer las lecciones de cada lucha y mantener vivo siquiera un conato de organización que las mantenga vivas y en condiciones de ser transmitidas más allá de los límites que imponen las circunstancias en que se han dado.

No se trata de un problema de índole meramente organizativa, aunque este aspecto es muy relevante, sino de naturaleza política. No se trata de crear organizaciones, pequeñas o grandes, a cualquier precio, buscando con esto sustituir a aquellas que han demostrado servir a los intereses de la burguesía. El problema reside en que los proletarios que han sido capaces de ir más allá de las necesidades contingentes de la lucha y de ver (o entrever) la necesidad de una lucha a escala, sean también capaces de trabajar por mantener viva esta perspectiva una vez que la lucha termina.

Las luchas en el sector del metal han sido un síntoma, pero nada más. La tensión social que siempre late bajo la capa de normalidad que impone la burguesía,

emerge periódicamente a la superficie. Pero este hecho no debe llevar a engaños. El marco general, extendido por todo el planeta, es el de la colaboración entre clases. Y es todavía extremadamente resistente, como para pensar que este tipo de episodios pueden resquebrajarlo. Pero igual que no se debe caer en un optimismo irracional, tampoco se debe abrazar el derrotismo patológico. La posibilidad objetiva, material, de que estas luchas constituyan una puntada en el largo y tormentoso camino de la reanudación de la lucha de clase es real. Aún entre inmensas dificultades, contando con las reducidísimas fuerzas de que hoy podemos disponer, los marxistas debemos registrar estos fenómenos que aparecen sistemáticamente en el mundo capitalista y exponerlos partiendo de las bases reales que los sustentan. Tarde o temprano este trabajo basado en las *armas de la crítica*, apoyado por un renacer a gran escala de la lucha de clase del proletariado, dará su paso definitivo a la *crítica de las armas*.

NOTAS

(1) Ver, por ejemplo *La huelga del metal en Vizcaya, un ejemplo de lucha proletaria y de oportunismo anti obrero*, en *El Proletario* nº 18.

(2) Un buen resumen de estas luchas, que ya citamos en nuestro suplemento especial de marzo de 2020, es el que se puede encontrar en <https://valladolorentodaspares.blogspot.com/2020/03/informe-sobre-la-situacion-laboral.html>

(3) *Manifiesto del Partido Comunista*, Editorial Progreso, Moscú, 1981.

do y muy burgués juego de los personalismos y las anécdotas. Sobre el terreno político porque este trabajo de balance tiene necesariamente una dimensión crítica en la medida en que se articula como combate contra las fuerzas destructoras del partido. En el caso, muy conocido, de Lenin, se trató por un lado del inmenso trabajo teórico que comienza con la crítica a la liquidación nacionalista de la IIª Internacional con la cesión ante las burguesías nacionales de 1914 y finaliza con *El Estado y la revolución*, restauración definitiva de la cuestión del Estado en la doctrina marxista. Por otro lado, del trabajo de reagrupación de los elementos aún sanos de los diferentes partidos socialistas nacionales, la estructuración de los mismos sobre la base de una plataforma como la de la izquierda de Zimmerwald en 1915 y la separación definitiva del cuerpo podrido de la socialdemocracia vendida a los imperialismos euro americanos. En el caso, menos conocido pero por ello quizá menos distorsionado, de la Izquierda de Italia, hubo dos momentos a tener en cuenta: el primero es el que culmina con la escisión de Livorno 1921 (1) y que consolida en términos políticos el trabajo de decantación teórica desarrollado por la izquierda desde 1912 con la crítica a las diferentes corrientes (culturalistas, belicistas, etc.) aparecidas en el PSI. El segundo fue la dura batalla por la restauración de los puntos esenciales de la doctrina marxista, en combate contra las corrientes degeneradas de la contrarrevolución estalinista, dominantes en todos los Partidos Comunistas del mundo. Este trabajo, vinculado dialécticamente a la formación del Partido Comunista Internacionalista (Internacional desde 1963), es al que alude a cabecera de nuestra prensa cuando afirma esa *dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoralresco, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo «lucharmatista»; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.*

Para nosotros, la cuestión del partido sigue abierta en los dos sentidos expuestos. La crisis de nuestro partido, durante el periodo 1982-1984, que

había sido precedida de otras de menor magnitud, y la consiguiente aparición de varios grupos, grupúsculos y corrientes que se reclaman de la Izquierda y del Partido Comunista Internacional de una u otra manera, un elemento este característico de la época de extremada confusión por la que atraviesa el proletariado a escala internacional, hace que una parte considerable de nuestro trabajo deba dedicarse a la crítica de las posiciones de estos grupos, de sus intervenciones prácticas allí donde estas tienen lugar, de sus posicionamientos teóricos, etc. Y esto como parte de esa lucha por el partido que no es un trabajo exclusivamente teórico (ni mucho menos intelectual) y que no puede desligarse de las exigencias concretas que se le plantean en virtud de los acontecimientos pasados y presentes.

El caso de *El Comunista nueva edición* es singular a este respecto. Como es sabido, este grupo se formó a partir de la escisión de la sección española de nuestro partido en 1981. Esta escisión se realizó sobre bases anti partido, tuvo un carácter sindicalista muy acusado (2) y tuvo dos consecuencias notables: la primera que nuestro partido perdió su base de trabajo en España sin llegar a recuperarla hasta treinta años después. La segunda que el propio nombre del Partido Comunista Internacional, estando en manos de quienes usurparon la cabecera de nuestra prensa (política y organizativamente, se entiende: el punto de vista legal es despreciable para nosotros) desapareció prácticamente por completo: el grupo que edita *El Comunista nueva edición*, teniendo un carácter tan marcadamente anti partido, ha defendido en todo momento (siendo esta una de las causas directas de su escisión) la subordinación del partido al trabajo sindical, es decir, la preferencia de este último sobre cualquier otro de los que la naturaleza del partido le obliga a asumir tanto en su relación directa con la clase proletaria como en aquella no tan inmediata pero también vital como lo es la elaboración teórica, etc.

Es por ello que el artículo que comentamos a continuación, llamado *Con el gobierno de PSOE-Unidas Podemos la burguesía española sigue a la cabeza de la explotación mundial*, aparecido en *El Comunista nueva edición* nº 67 de noviembre de 2021, en la medida en que trata directamente, en sus últimos epígrafes, de la concepción que este grupo tiene de su actividad sindical, resulta especialmente valioso para mostrar hasta qué punto han llegado a alejarse de las posiciones marxistas.

Durante la primera parte del artículo, que es básicamente una especie de collage a base de noticias de la prensa nacional, este grupo ha querido plantear, de alguna manera, que ante

la ofensiva burguesa amparada por el gobierno de PSOE-UP, la clase proletaria no ha sido capaz de dar una respuesta. Y, después, pasan a explicar la razón de que esto haya sido así

«La explicación a la falta de respuesta proletaria hay que buscarla en el control total y absoluto que ejercen sobre la clase obrera el sindicalismo subvencionado y la falsa izquierda que engañan y someten a la clase obrera a sus intereses»

Esta afirmación es un ejemplo claro de la incapacidad que *El Comunista nueva edición* tiene de exponer un fenómeno característico de los tiempos actuales con su dimensión histórica adecuada. El motivo por el cual la clase obrera, en España y en prácticamente cualquier rincón del mundo, no ha sido capaz de dar una respuesta no es el control que el *sindicalismo subvencionado* y la *falsa izquierda* ejercen sobre ella. Esto es una simplificación que ridiculiza la explicación que nuestra corriente ha dado siempre para aclarar la falta de reanudación de la lucha clasista.

La fase contrarrevolucionaria abierta tras la derrota en Rusia del partido comunista de Lenin, aniquilado incluso físicamente por las clases reaccionarias parapetadas detrás de Stalin, y la liquidación de la Internacional Comunista tal y como había sido conformada originalmente, implicó, es cierto, que tanto los partidos llamados comunistas como las organizaciones sindicales asociados a estos se uniesen a la tarea anti proletaria de las corrientes socialdemócratas y trabajasen sistemáticamente por desorganizar a los sectores más avanzados de la clase obrera y por someter al conjunto de ésta a los dictados de la burguesía nacional e internacional. Pero una política de este tipo no hubiera podido mantenerse sin más: tras la dura prueba de la IIª Guerra Mundial, cuando los proletarios fueron lanzados al frente de batalla en nombre de la nueva unión sagrada antifascista, la política de colaboración entre clases sostenida por los PCs y los partidos socialistas no hubiera podido mantenerse si la clase burguesa no la hubiese alimentado poniendo en marcha toda una serie de amortiguadores sociales, financiados merced a las altas tasas de beneficio obtenidas con la reconstrucción post bélica, que facilitaron esta colaboración dándole resultados tangibles: la fuerza de la política pro burguesa, sustentada en un remoto apoyo internacional a la URSS como potencia imperialista «anti capitalista» y en el soporte nacional a la burguesía propia, fue tal porque la clase proletaria, al menos ciertos sectores de esta, podían esperar una me-

(sigue en pág. 12)

(viene de la pág. 11)

jora relativa de sus condiciones de existencia gracias a la generalización de los conocidos como estados del bienestar en toda Europa occidental y en una parte de América y al acelerado proceso de modernización económica en la Europa del otro lado del telón de acero.

Durante los treinta años que van desde el final de la IIª Guerra Mundial hasta la crisis de 1975, esta política de colaboración entre clases apenas tuvo fisuras y ni siquiera las fortísimas sacudidas que los movimientos de liberación nacional provocaron fueron capaces de desplazar de su centro de gravedad al proletariado. Desde entonces, incluso a través de fortísimas crisis económicas, la clase burguesa ha sido capaz de mantener un mínimo de estado de bienestar capaz de sustentar las políticas anti obreras de partidos pseudo comunistas y sindicatos. La lenta destrucción de estos amortiguadores sociales, que significa la progresiva negativa de la burguesía a mantener una política de colaboración entre clases que ya no puede mantener, se ha llevado a cabo con la inteligencia histórica que la clase dominante ha extraído de su experiencia: se ha tratado más bien de un goteo que de un torrente, se ha aislado a los sectores proletarios más desfavorecidos y se ha mantenido islas de empleo y bienestar que han actuado como colchón para los golpes más duros. Con ello se ha logrado que las sucesivas crisis económicas (1975, 1982, 1993, 2001, 2007 y 2021) no sólo no hayan despertado a la clase proletaria sino que le han hundido, una tras otra, en una lógica basada en la competencia y la lucha entre proletarios, en el olvido de absolutamente cualquier vestigio de tradición clasista, en el imperio de las más negras y reaccionarias de las ideologías.

No se trata, por lo tanto, de que los sindicatos («sindicalismo subvencionado») y la «falsa izquierda» controlen a los proletarios, como si la clase obrera fuese hoy una fiera enjaulada pero dispuesta a saltar fuera del cerco tan pronto se marche quien la mantiene cautiva. El fenómeno histórico que ha llevado a la situación actual, que puede caracterizarse como colaboración entre clases, tiene en los sindicatos y las corrientes pseudo comunistas y socialistas uno de sus puntales, pero no puede explicarse únicamente a través de ellos. Hacerlo significa reducir todo el problema del determinismo histórico a una simple cuestión de voluntarismo: si los sindicatos no controlasen a los obreros, estos se alzarían. Allí donde esta «falsa izquierda» y estos «sindicatos subvencionados»

no existen, ¿por qué no tiene lugar la entrada en escena de la lucha clasista del proletariado? Para *El Comunista nueva edición*, coherente siempre con su doctrina sindicalista, todo se reduce a que un agente nocivo controla al proletariado, violentando su verdadera voluntad, y únicamente es necesaria su supresión para que se vuelva a la edad de oro de la lucha clasista.

Para completar esta visión general de su visión acerca de los problemas que debe abordar la clase proletaria hoy, es importante resaltar los términos que *El Comunista nueva edición* utiliza. Nos referimos concretamente a «sindicalismo subvencionado» y «empresas de servicios sindicales», dos sinónimos, en su jerga, para referirse a los sindicatos que hoy tienen la aceptación y participación mayoritaria de la clase proletaria.

El problema de los términos no es baladí: refleja toda una concepción de la realidad histórica. En particular estos dos términos que subrayamos son especialmente importantes. Nuestro partido ha explicado el curso histórico del sindicalismo en muchos de sus trabajos, siempre colocando las relaciones de fuerza entre las diferentes clases sociales como verdadero eje sobre el que este ha girado, sin caer en moralismos o explicaciones de tipo idealista. Reproducimos a continuación una parte de nuestro texto *Le scissioni sindacali in Italia*, publicado en el número 21 de *Battaglia Comunista* (25 de mayo al 1 de junio de 1949) entonces órgano de prensa de nuestro partido (3)

Los sindicatos fascistas aparecieron como una de tantas etiquetas sindicales [...] pero el mundo capitalista era ya el mundo del monopolio y se convirtieron en el sindicato de Estado, forzado, que encuadra a todos los trabajadores y destruye de hecho y de derecho cualquier otra organización.

Este gran hecho nuevo de la época contemporánea no era reversible y es la clave del desarrollo sindical en todos los grandes países capitalistas.

Repetimos que el texto es de 1949, no de anteaer, y por lo tanto forma parte del elenco básico de posiciones a las que *El Comunista nueva edición* dice defender como parte de esa tradición de izquierda que nombran y renombran en su prensa. Este fragmento, corto pero claro, expone:

-que la época del capitalismo monopolista genera un tipo nuevo de sindicato, perfectamente sintetizado con la forma fascista del sindicato de Estado.

-que este sindicato no coexiste con otras formas sindicales, sino que las destruye, siendo un instrumento que la burguesía utiliza precisamente para

ese fin.

-que este fenómeno no es reversible, pese a la desaparición de los regímenes fascistas, y que da la razón del desarrollo sindical en todos los países desarrollados.

Es, por lo tanto, una explicación histórica del fenómeno que hoy conocemos como *sindicalismo colaboracionista* y que impera a lo largo y ancho de todo el mundo y al cual, desde luego, no se escapan las organizaciones sindicales españolas. Comparemos ahora una explicación de este tipo con la que da *El Comunista nueva edición*: para este grupo, caracterizado por la defensa de una política sindicalista como guía del partido, organizado en torno a ese *empirismo chato* que, también sobre el terreno sindical, es odiado por el marxismo, todo el problema del sindicalismo se puede resumir con los términos «sindicalismo subvencionado» y «empresa de servicios sindicales». Ni valoración histórica del fenómeno de la concertación entre clases, ni análisis de la función de la forma sindicato en ella... Todo el problema lo reducen al fenómeno, completamente secundario y alejado del corazón del asunto, de las subvenciones, o la ridícula caracterización de los sindicatos como empresas de servicios.

Esos son términos que pueden tener algún valor propagandístico en medios obreros, que aluden a fenómenos totalmente superficiales pero que son muy queridos a los oídos de una clase obrera completamente desorganizada pero muy influenciada por la propaganda anti sindicalista de la burguesía. Son cesiones hechas para parecer simpáticos ante los ojos de los sectores más atrasados de la clase y evidencian que, quien los usa, no ha superado la fase más pueril de ideología sindicalista.

Pero esta visión limitada, rayana con el populismo, que mantiene *El Comunista nueva edición* va más allá. Unos párrafos más adelante este grupo se lanza a hablar de los acontecimientos que han tenido lugar sobre el terreno sindical en los últimos años y, después de mencionar en dos líneas los cierres patronales durante la pandemia, los ERTES, etc. dicen

A pesar de estas dificultades, ha habido unas cuantas huelgas con planteamiento clasista organizadas por parte del pequeño sindicato de clase Solidaridad y unidad de los trabajadores que rompieron con ese control y consiguieron manifestarse públicamente.

Es decir, que para el periodo contemplado por el artículo, que ha visto las huelgas espontáneas durante los primeros días de la pandemia, las ma-

La guerra burguesa y la propaganda del horror

La propaganda del terror es, para la burguesía, un arma de guerra. Por supuesto, todos los beligerantes utilizan este arma para sus propios fines. El objetivo más importante, que se persigue documentando con imágenes reales y especialmente fabricadas, es justificar la guerra contra el enemigo contra el que se ha convocado a su propia población, compactándola en la gran y milagrosa unidad nacional gracias a la cual se puede aumentar la fuerza de impacto, o resistencia, de las operaciones bélicas.

En particular, a partir de la segunda guerra imperialista mundial, las guerras que libran las clases dominantes, por el interés exclusivo de repartirse los mercados y el mundo, implican cada vez más a las poblaciones civiles de los países donde se producen los enfrentamientos militares. Por supuesto, al golpear a la población civil de los países «enemigos», el objetivo es amortiguar el espíritu de lucha de sus tropas militares, debilitándolas, desorientándolas, desmo-

ralizándolas, empujándolas a la rendición. Cuanto más resiste el «enemigo», más se golpea a su población civil, se la masacra, se la obliga a huir de sus hogares. Las operaciones militares de las clases dominantes burguesas no responden a ninguna moral; se preparan, se organizan, se llevan a cabo exclusivamente con el objetivo de doblegar al enemigo a sus propios intereses inmediatos y futuros, intereses que no son sólo militares, sino políticos, económicos y de poder y para los que las vidas humanas rotas son simplemente... un daño esperado, necesario, que a menudo se hace pasar hipócritamente por... colateral. Por lo tanto, se recurre a cualquier medio, más allá de las ilusorias convenciones internacionales de no utilizar determinadas armas o al menos no contralos civiles, que están evidentemente desarmados. La lástima desaparece, es un sentimiento totalmente episódico y ligado exclusivamente a la vergüenza de los soldados individuales que no pueden so-

portar la visión del horror en el que han participado. Las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, las bombas de gas, de fósforo y de racimo, los objetos explosivos disfrazados de objetos cotidianos, las minas antipersona, las bombas bacteriológicas y los miles de otros inventos que la tecnología moderna permite poner en práctica con el fin de matar, masacrar y aniquilar a los enemigos del momento, muestran cómo la sociedad burguesa, mientras habla de democracia, de cohesión nacional, de valores compartidos y sobre todo de búsqueda de la paz, no es más que un horror permanente.

Los medios de comunicación burgueses dan por sentado que la guerra conlleva destrucción, muerte y horror. Y se asombran cuando los horrores ocurren incluso en tiempos de paz. En realidad, la sociedad capitalista, al acumular y multiplicar la violencia social, las desigualdades, la explotación intensiva del

(sigue en pág. 14)

(viene de la pág. 12)

nifestaciones de los trabajadores de la zona franca de Barcelona contra el cierre de Nissan, las protestas continuas de los trabajadores de Alcoa, las huelgas contra los despidos en las empresas auxiliares del metal de Cádiz (en verano de 2020), etc., *El Comunista nueva edición* sólo tiene en cuenta las huelgas realizadas por el minúsculo, pero a ellos perteneciente, SUT. Sin querer menospreciar en absoluto el esfuerzo que los trabajadores afiliados a este sindicato han realizado al hacer huelga, rompiendo con la política de pacificación social a ultranza que desde el gobierno y desde los sindicatos se ha mantenido, reducir dos años complejísimo a estos episodios poco menos que anecdóticos, muestra la verdadera concepción de *El Comunista nueva edición* tiene de las tareas que el partido de clase debe realizar sobre el terreno de la lucha inmediata de los trabajadores.

A través de las luchas de los trabajadores de Nissan en Barcelona, de las huelgas de Alcoa y Cádiz e incluso en los disturbios de Linares o en la huelga regional de La Marina, por ejemplo, la clase proletaria ha mostrado la realidad de su estado de fuerzas: centrándonos sólo en el sector del metal, este padece en los últimos años una ofensiva durísima por parte de su patronal, apoyada por el conjunto de la burguesía nacional, necesitada de destruir simbólica y prácticamente cualquier

conato de resistencia a las medidas anti obreras que el gobierno PSOE-UP ya está poniendo en marcha. Los proletarios de este sector se han movilizado, en ocasiones con mucha dureza, pero han sido incapaces de romper con la política de colaboración entre clases, han depositado toda su confianza en la acción de las grandes organizaciones sindicales, han cifrado su suerte a lo que en realidad ha sido una política de dilación y derrota por desesperación... Aun cuando han aparecido pequeños y combativos grupos a la izquierda de la mayoría sindical, estos no han logrado canalizar el rechazo a la práctica sindical mayoritaria.

Esta es la realidad de la clase proletaria en los dos últimos años, en medio de la crisis económica y social más fuerte que se recuerda. Pero *El Comunista nueva edición* la ignora por completo. En su concepción de la lucha sindical sólo tiene cabida su política de crear pequeños sindicatos «puros», formar sus propias organizaciones pretendiendo que así se combate la influencia de la clase burguesa y de sus agentes oportunistas entre los proletarios. Esa visión, completamente anti marxista, lleva siendo la suya desde 1981: no es tanto un partido sindicalista sino un partido sindicalista que trata de inventar su propia realidad sindical.

Ajeno a la valoración histórica que la Izquierda Comunista de Italia ha realizado sobre el curso del sindica-

lismo desde los años '20 del siglo pasado, a las tareas que nuestra corriente ha impuesto, haciéndolas derivar directamente de la teoría marxista, para el trabajo de los comunistas entre la clase proletaria, *El Comunista nueva edición* mantiene sus errores fundamentales: consideración de la lucha sindical como una creación a la carta de los comunistas y, por lo tanto, formación de sindicatos «química-mente puros» y libres de injerencias oportunistas, solapamiento mecánico entre lucha sindical y lucha política, etc.

Su lucha (voluntaria o involuntaria, qué más da) contra las posiciones del marxismo revolucionario y contra la tradición política y teórica de la Izquierda comunista de Italia debe ser evidenciada cuánto más cuando se desarrolla, como es el caso comentado, sobre el terreno en el cual este grupo pretende diferenciarse y mantener una política más original.

NOTAS:

(1) Para un trabajo reciente sobre la misma, ver el suplemento nº 2 a *El Comunista* nº 166 (enero de 2021) en www.pcint.org

(2) Ver a este respecto *El Comunista Nueva Edición nos cuenta su historia a base de falsedad y confusión* en *El Proletario* nº 23 de Julio de 2021.

(3) Disponible en nuestra página web, como el resto de *Hilos del tiempo*.

(viene de la pág. 13)

trabajo asalariado y de los recursos naturales, la competencia desenfundada entre capitalistas y entre Estados, no hace más que sistematizar el horror sobre el que se ha desarrollado y por el que se mantiene vivo. Cuáles son los accidentes y muertes sistemáticas en el lugar de trabajo; las lesiones y muertes en las constantes catástrofes causadas por derrumbes, deslizamientos de tierra, inundaciones, incendios, catástrofes aéreas, marítimas, ferroviarias y viales, terremotos; la violencia y los asesinatos cotidianos, en particular contra las mujeres o por motivos racistas o por sentimientos de venganza contra grupos de personas indefensas que funcionan como objetivos de actos de venganza, en las escuelas, en los hospicios, en las calles; ¿qué son sino la prueba de que la sociedad burguesa actual es la sociedad de los horrores, la sociedad de los desastres, la sociedad de la muerte y de las atrocidades?

Gracias a las tecnologías avanzadas, los medios de comunicación más recientes pueden llevar a la casa de todos escenas y películas de destrucción, represión, muerte y heridas a través de la televisión y los teléfonos móviles; de esta manera, el horror se convierte en algo cotidiano, despertando la curiosidad morbosa y, al mismo tiempo, el miedo. Al estar en manos de las grandes empresas industriales y financieras, los medios de comunicación son obviamente utilizados al servicio de sus intereses; mientras que por un lado se muestran y describen con todo lujo de detalles las atrocidades llevadas a cabo por el «enemigo», las mismas atrocidades cometidas en el otro lado del frente se esconden. En ambos casos, los beligerantes utilizan el horror de la guerra de la misma manera: para infundir sentimientos de solidaridad y venganza en ambos bandos y justificar sus masacres mutuas. Es evidente que las operaciones bélicas llevadas a cabo por los ejércitos más poderosos y organizados causan más destrucción, más muertes y más atrocidades en proporción a los objetivos fijados, al progreso de la guerra y a la resistencia y los contraataques del «enemigo». Sin remontarnos a la Segunda Guerra Mundial, basta con ver las guerras de Irak, Libia, Siria o Yugoslavia para darnos cuenta de que los horrores de la guerra no son más que la continuación, por medios militares, de la política burguesa e imperialista aplicada anteriormente.

Así que la pregunta es: ¿a qué intereses sirve la política aplicada por la clase dominante burguesa en tiempos de paz? Son exactamente los mismos intereses que en tiempos de guerra, sólo que en tiempos de guerra los medios represivos utilizados para mantener el orden capitalista están mucho más concentrados y son más destructivos, cua-

litativa y cuantitativamente, en el espacio y en el tiempo, que en tiempos de paz. La clase dominante burguesa no cambia su esencia como clase dominante al pasar de la paz a la guerra, o viceversa: lo que cambia son precisamente los medios militares a escala más o menos extensa, más o menos destructiva, más o menos local, más o menos mundial. Y no hay que olvidar que la sociedad capitalista siempre se ha desarrollado a través de las guerras, que no son más que el punto histórico de mayor crisis de la sociedad capitalista. La propia economía capitalista conduce, en su desarrollo -cuando las crisis económicas y financieras ya no pueden superarse mediante mecanismos de compensación económica, financiera y social- a la crisis de la guerra. Los enfrentamientos entre las empresas, los monopolios y los estados, habiendo llegado al límite de la tensión provocada por la crisis de sobreproducción, exigen objetivamente ser sanados por una destrucción cada vez mayor de las fuerzas productivas. La guerra imperialista es la única «solución» que conocen las clases dominantes burguesas. Por eso la guerra, en la sociedad capitalista, es inevitable; es la propia política burguesa, la política de poder, la política de conquistar mercados cada vez más grandes a costa de la competencia, la que lleva a las clases dominantes burguesas, cada vez más enfrentadas entre sí, a prolongar su política económica hasta convertirla en una política de guerra. La liberación de territorios y países, siempre evocada por uno u otro bando de los beligerantes, es en realidad la liberación de los mercados: los mercados se «liberan» de una competencia que con la guerra se destruye temporalmente para dar paso a los vencedores; una competencia que, sin embargo, nunca desaparece, porque es parte integrante del capitalismo, y al renovarse no hace sino reconstituir los factores de tensión y contraste que conducirán de nuevo a la guerra.

Cuando los niveles de tensión en las relaciones internacionales alcanzan cotas que ya no pueden ser controladas, y por mucho que cada clase dominante burguesa se prepare de antemano para la guerra -como demuestran la carrera armamentística y su continua modernización-, la burguesía no es capaz de predecir ni cuánto durará la guerra (las guerras relámpago siempre han sido una ilusión) ni cuántos recursos tendrá que desplegar para ganarla, ni cuánto podrá contar con la cohesión nacional de su población, ni qué efecto tendrán las tensiones sociales internas y las derrotas en las distintas batallas, ni si los aliados de la primera hora serán los mismos mientras dure la guerra. Así como el modo de producción capitalista no es controlable por la burguesía -que de hecho es su representante, y ha erigido su poder político sobre él, heredando la propiedad privada y la organización estatal de

las sociedades más antiguas-, ni el mercado, ni el capital, ni el desarrollo de las fuerzas productivas, ni la guerra ni la paz son controlables.

La burguesía, de ser una clase revolucionaria, es decir, representante del desarrollo de las fuerzas productivas injertadas en la vieja sociedad feudal, se ha convertido con el paso del tiempo necesariamente en una clase reaccionaria, es decir, en una clase que mantiene por la fuerza el poder político incluso cuando ya no puede desarrollar las fuerzas productivas que el modo de producción capitalista ha generado y que, precisamente por sus contradicciones intrínsecas, debe destruir necesariamente para dar paso a nuevos ciclos productivos. La ley del valor, si bien por un lado significa un poderoso impulso para el desarrollo capitalista, al mismo tiempo representa un poderoso freno al desarrollo de las fuerzas productivas; el capital se digiere a sí mismo para sobrevivir, se alimenta del trabajo humano, a través del cual se produce la acumulación y valorización del capital, únicamente para sobrevivir como capital. A las contradicciones inherentes al modo de producción capitalista se suman las inherentes al Estado nacional, es decir, al organismo centralizado que se creó para intentar superar las contradicciones económicas derivadas de la producción por empresas y su competencia en el mercado, pero que en realidad desempeña el papel de defensor último de los polos capitalistas más fuertes que monopolizan el mercado nacional, es decir, el defensor último del capitalismo nacional.

La guerra de competencia entre capitales se convierte, en un momento determinado del desarrollo del capitalismo, en una guerra entre Estados, en una guerra de guerras. La política burguesa, que apoya y defiende, política, diplomática y económicamente, los intereses del capitalismo nacional contra los intereses de todos los demás capitalismoes nacionales existentes, extiende su actividad -en la lucha de la competencia internacional- al nivel de la confrontación militar. El Estado, por tanto, de ser el máximo defensor de los intereses nacionales pasa a ser el máximo agresor a los intereses de los demás burguesías. La guerra, por tanto el uso de medios militares para afirmar los intereses nacionales, tiene la tarea de «resolver» los enfrentamientos intercapitalistas, y por lo tanto interimperialistas, que las presiones y los acuerdos políticos no logran «resolver», que las tácticas de amenazas, sanciones y embargos no logran «resolver». La guerra, por tanto, además de la tarea de destruir, debido a las crisis de sobreproducción, enormes cantidades de mercancías no vendidas y enormes cantidades de fuerzas productivas no utilizadas, es también el medio por el que los Estados nacionales más fuertes y poderosos someten a los Estados más

débiles, repartiendo el mundo -y por tanto los mercados- entre los ganadores.

Para hacer la guerra, la burguesía de cada país necesita movilizar a todo el país, especialmente las fuerzas productivas, es decir, el capital y los asalariados; necesita unir a todas las clases sociales en un solo ejército. Esta «unión nacional» no se forma espontáneamente, no es automática. La burguesía tiene que prepararla, construirla y mantenerla en el tiempo porque tiene que atenuar los enfrentamientos sociales existentes que, con las crisis económicas, y con la crisis de la guerra en particular, tienden a agudizarse. Para lograr esa unión nacional indispensable para su propia supervivencia como clase dominante, la burguesía utiliza todos los medios posibles, legales e ilegales, lícitos e ilícitos, morales y amorales, pacíficos, represivos, terroristas. Para enviar al matadero a masas de proletarios y soldados, no basta con obligarles -lo que hace, por supuesto- sino que hay que convencerles de la «justeza» de la guerra, una guerra siempre presentada, por toda burguesía, como una guerra «defensiva». Y uno de los medios de convicción burgueses utilizados, por ambos bandos de la guerra, es precisamente la propaganda sobre la justeza de la guerra, sobre la necesidad de armarse para defender la patria, las fronteras sagradas, la civilización, las propias tradiciones, el propio modo de vida; una propaganda que exalta todo fenómeno, toda situación, todo hecho, todo acontecimiento capaz de suscitar las más fuertes emociones para que los miembros de ese ejército «nacional» estén dispuestos a sacrificar su vida en favor de... la patria, las fronteras sagradas, la civilización, etc., etc.

La propaganda del horror es parte integrante de la propaganda de guerra; cuanto más destructiva resulta la guerra, cuanto más afectan las acciones bélicas a la población civil, más necesaria se hace la propaganda del horror para la burguesía. Cuanto más destructiva resulta la guerra, cuanto más afectan las acciones bélicas a la población civil, más necesaria se hace la propaganda del horror para la burguesía. Y así, las masacres, las torturas, las matanzas realmente ocurridas o inventadas sirven tanto para descomponer y desmoralizar a las tropas y a la población que las ha sufrido, como para aumentar el sentimiento de venganza por haberlas sufrido; se convierten en un combustible para la propia guerra.

Al igual que la burguesía llora a los muertos de las catástrofes provocadas por la negligencia sistemática aplicada para ahorrar costes, acelerar la producción, ganar dinero en materiales y embolsarse beneficios extra; la burguesía, después de haber matado y masacrado, llora a los muertos de sus guerras, celebra a las víctimas, establece «días de

recuerdo», hace «revivir» a los muertos que ella misma ha provocado para reiterar el horror de su muerte con el fin de solicitar dolor, y el recuerdo del dolor, para justificarse, para volver a proponer su sociedad capitalista como una sociedad que «pide perdón» por no haber podido evitar esas muertes y esos dolores y que «promete» hacer todo -a través de los valores morales y políticos escritos en sus constituciones- para que esos horrores «no vuelvan a ocurrir»; una sociedad que, por un lado, mata de hambre a miles de millones de seres humanos y, por otro, se encarga de alimentar a una parte de ellos, que, por un lado, arroja a multitudes cada vez más grandes a la miseria y a la inseguridad sistemática de la vida y, por otro, distribuye a una parte de ellos migajas de bienestar inmediato destinadas a desaparecer repentinamente en la próxima crisis.

En las últimas décadas, los proletarios de los países de la periferia del imperialismo han conocido el horror de la guerra, el hambre y la pobreza; huyen de este horror, arriesgando su propia vida y la de las familias que dejan atrás, en busca de una supervivencia menos incierta y menos dolorosa. Huyen de los países que no ofrecen ni futuro ni presente, hacia los países de la opulencia, de la paz, de las garantías constitucionales, los países de Europa Occidental o de América del Norte, los países donde reina la democracia, los países de los derechos. ¿Y qué encuentran en estos países? Encuentran el odio y la desconfianza como migrantes, como refugiados; encuentran la misma miseria de la que huyeron sólo que disfrazada de caridad humanitaria; encuentran el tráfico de seres humanos, el trabajo ilegal, la prostitución, las drogas y el crimen, una vida como esclavos tratados peor que los animales y siempre a punto de ser peor en cualquier momento. El horror del que creían haberse alejado y superado, reaparece bajo otras formas; de hecho, nunca les abandona. Si no son las bombas las que los matan y rompen sus familias, es la dureza de la vida, la vida de esclavitud la que tarde o temprano aplasta su resistencia.

La mayoría de los proletarios de los países imperialistas comparten la misma condición de esclavos asalariados, sólo que décadas de prosperidad capitalista, de superganancias capitalistas, de explotación bestial de los proletarios de los países de la periferia del imperialismo, mientras les han proporcionado un nivel de vida más decente, han oscurecido sus mentes, han borrado de su memoria las verdaderas condiciones de esclavitud asalariada en las que viven y las tradiciones de sus luchas como clase antagónica a la clase dominante, la clase capitalista, la clase burguesa que es responsable directa de la explotación del trabajo

asalariado, de las desigualdades sociales, de la competencia en los mercados entre los Estados, de la miseria creciente de la inmensa mayoría de la población mundial, de las guerras y sus horrores. Mientras los horrores de la guerra burguesa se referían a las colonias, a los países alejados de las metrópolis de la democracia imperialista, países a los que las metrópolis imperialistas enviaban a sus soldados para llevar la democracia y la prosperidad, para «curar» los enfrentamientos étnicos, para transportar a esos habitantes de la «barbarie» a la «civilización», la guerra burguesa con todos sus horrores parecía de alguna manera justificada; la gente se compadecía de los muertos de las masacres civilizadoras y lloraba a sus propios muertos, pero muertos por una «causa justa». Pero la guerra también llamó a las puertas de Europa.

Con la guerra de Ucrania, como en los años 90 con las guerras de Yugoslavia, la paz en Europa se ha roto; Europa ya no es una isla feliz donde la burguesía puede disfrutar de su opulencia y los proletarios autóctonos pueden disfrutar de las migajas que caen de la mesa de los ricos capitalistas. La santificada democracia ha demostrado por enésima vez que no tiene ninguna posibilidad de detener y extinguir el creciente empuje de los enfrentamientos interimperialistas. Son estos enfrentamientos los que rigen, son los intereses de poder económico y político los que guían las políticas de los gobiernos burgueses. La guerra de Ucrania es sólo el último ejemplo en orden cronológico que demuestra que el capitalismo no puede prescindir del choque entre diferentes burguesías nacionales impulsadas a conquistar nuevos territorios económicos por las crisis del propio modo de producción capitalista. Demuestra que la guerra es necesaria para la vida misma de los capitalismoes nacionales y, por tanto, para el sistema capitalista mundial del que depende todo capitalismo nacional. Es la demostración de que el horror de la guerra imperialista no es un accidente que pueda evitarse por la buena voluntad de los gobernantes o del mediador ocasional entre los beligerantes, sino que es la norma de la propia guerra imperialista.

Los proletarios que se ven obligados a hacer la guerra por cuenta de la burguesía, ya sea como soldados, y por lo tanto en los frentes de guerra, o en la retaguardia en la producción bélica y en la defensa de los territorios eventualmente invadidos por los enemigos, son para la burguesía armas de su guerra y, como todas las armas, son utilizadas para golpear y destruir a los enemigos, por lo tanto a los proletarios de otros países, o para ser destruidos por enemigos más fuertes. En los enfrentamientos armados de la guerra burguesa, los proletarios no

(sigue en pág. 16)

(viene de la pág. 15)

tienen ninguna «dignidad» patriótica y nacional que salvar, porque esa dignidad patriótica responde exclusivamente a los intereses de la burguesía nacional, que, aunque sea derrotada militarmente, siempre seguirá siendo la clase dominante, siempre seguirá en el poder y nunca dejará de ser la clase explotadora por excelencia, por mucho caldo democrático y antitotalitario que utilice para engañar a las masas proletarias por enésima vez.

Pero, contra la guerra burguesa imperialista, los proletarios tienen un camino a seguir, y lo han demostrado en la historia pasada: el camino de la lucha de clases revolucionaria. Es en esta lucha de clases, y sólo en ella, donde los proletarios recuperan su dignidad específica, en la que por fin se sienten hombres y no objetos armados deshumanizados que luchan en una guerra que no es ni será nunca su guerra. Sí, el proletariado está históricamente llamado a hacer la guerra en nombre de la burguesía -y, por tanto, por los intereses capitalistas de la burguesía nacional, aceptando desempeñar el papel principal en la unión nacional ostentada por la burguesía como el valor supremo de la patria que hay que defender- o a hacer la guerra a la guerra burguesa, a la guerra imperialista, y, por tanto, a hacer la guerra de clases. El proletariado opone la unidad nacional y la independencia nacional a la unión de clase que atraviesa todas las fronteras, a la independencia de clase con la que organiza su lucha, su guerra.

Ante la primera guerra imperialista mundial, los comunistas bolcheviques, y Lenin a su cabeza, lanzaron la consigna de transformar la guerra imperialista en una guerra civil, es decir, en una guerra de clases en la que el proletariado luchara ante todo contra su propia burguesía. Esa guerra civil no tiene nada que ver con la guerra partidista de la memoria de la Resistencia. La guerra de clases ve a la clase proletaria organizada, armada y dirigida por su partido comunista revolucionario contra todos los enemigos de clase, la clase burguesa en primer lugar y las fuerzas de conservación social que luchan juntas y por la conservación del poder burgués. Los partisanos no son más que milicias armadas que luchan junto al ejército burgués en la guerra burguesa, luchando por la supremacía de los intereses burgueses por los que ha estallado la guerra imperialista. Por eso los comunistas revolucionarios siempre hemos estado en contra de la «resistencia partisana» que desde 1943 hasta 1945 flanqueó a los ejércitos angloamericanos en la guerra contra el ejército alemán y sus aliados fascistas; porque, a través de ella, los proletarios fueron totalmente desviados para apoyar a uno de los frentes de guerra imperialistas contra el otro; cre-

yendo que luchaban por recuperar una libertad perdida, en realidad se habían convertido en defensores armados de los intereses de uno de los dos frentes de guerra burgueses. Su independencia de clase había sido vendida y sustituida por la dependencia directa de las facciones burguesas enemigas (en ese caso democráticas) para tener la libertad de explotar la fuerza de trabajo proletaria en su propio beneficio, para sus propios beneficios capitalistas.

Las masacres, las destrucciones, los campos de prisioneros, los campos, formaron parte del horror de la guerra imperialista, y fueron utilizados por ambos bandos beligerantes: para desmoralizar al enemigo golpeando sistemáticamente a la población civil de los países enemigos (Dresde arrasada ayer por los angloamericanos no era muy diferente de Mariupol arrasada hoy por los rusos), y para estimular la sed de venganza del otro bando. Lo mismo está ocurriendo hoy, como ya ocurrió en Irak, Siria, Libia, Libia y Bosnia.

La guerra que la clase proletaria tendrá que librar para imponer su propia solución de clase a la crisis capitalista tendrá que utilizar toda la violencia necesaria para romper las fuerzas burguesas enemigas, su dictadura política, social y militar; a la violencia de la clase dominante burguesa sólo se puede oponer la violencia de clase del proletariado, una violencia cuyo objetivo no es, como para la burguesía, la continuación de la violencia económica y social para mantener un sistema social que se alimenta de la violencia cotidiana contra la gran mayoría de la población en todos los países. El proletariado es la única clase capaz de humanizar la sociedad, de armonizar la producción con las necesidades reales no del mercado capitalista sino de los pueblos de todo el mundo, de desarrollar y potenciar las fuerzas productivas que el capitalismo frena y destruye periódicamente por razones exclusivamente de beneficio capitalista. Esto sólo puede lograrse mediante la revolución, el derrocamiento del Estado burgués, el establecimiento de la dictadura proletaria y la extensión de la revolución proletaria a todos los países del mundo, especialmente a los países capitalistas avanzados.

El capitalismo no se agotará por sí mismo, no se extinguirá; la clase burguesa que representa los intereses del capital nunca renunciará al poder; incluso cuando, a causa de la revolución proletaria, pierda el poder, en un país o en varios países, nunca se rendirá. Lo demostró en las revoluciones de 1848, en la Comuna de París de 1871 y en la revolución bolchevique de 1917; buscará la restauración de su poder por todos los medios, y en particular por la masacre de poblaciones indefensas. Cuanto más avanzados tecnológicamente son los sistemas de armas, más se corona de horrores la venganza burguesa; hoy, con

bombardeos desde el aire, desde el mar y desde lejos con misiles, los ejércitos tratan de allanar el camino a la infantería, a las tropas de tierra, porque la victoria militar sólo puede lograrse ocupando y dominando los territorios enemigos, y esto sólo puede lograrse con tropas de tierra. El capital, de hecho, necesita territorios económicos reales, mercados formados por consumidores reales, tierras en las que construir fábricas, oficinas, almacenes, bancos, casas, carreteras, ferrocarriles, puertos, aeropuertos, y fuerzas de trabajo para explotar. Cuando los horrores de la guerra terminan, comienzan los horrores de la paz, los horrores causados diariamente por la explotación de la mano de obra, por la inanición de una parte de la población que no encuentra trabajo, por una violencia económica subyacente que genera violencia de todo tipo y en todos los niveles de la vida social, en particular contra las mujeres, los niños, los ancianos, dentro del hogar, en las guarderías, en las residencias de ancianos, en las cárceles. La sociedad capitalista está impregnada de violencia y su supervivencia sólo se debe a los ríos de sangre proletaria derramados tanto en tiempos de paz como de guerra.

Para que los horrores de la guerra burguesa terminen, no es suficiente que la guerra burguesa termine. La historia demuestra ampliamente que la guerra burguesa es la norma, no la excepción, y que la paz no es más que un interludio entre dos guerras. Por tanto, la salida está en la revolución proletaria, la única que abrirá la sociedad humana en todo el mundo a un futuro totalmente opuesto al que ofrece el capitalismo, porque en el centro de los intereses económicos y sociales estarán las verdaderas necesidades de la vida humana y no las exigencias del capital y su incesante explotación. Será un camino difícil, arduo y en absoluto breve, pero la rueda de la historia se mueve en esa dirección. Con el desarrollo de la gran industria, escribieron Marx y Engels en *El Manifiesto del Partido Comunista* desaparece el suelo bajo los pies de la burguesía, el terreno sobre el cual esta produce y se apropia de los productos. La burguesía produce ante todo a sus sepultureros, es decir, a la clase de los trabajadores asalariados, la clase que produce la riqueza en todos los países, riqueza de la cual se apropia únicamente la burguesía, sustrayéndola mediante la violencia del Estado, de sus leyes y de sus fuerzas militares, al disfrute de la mayor parte de los seres humanos.

Partido Comunista Internacional (El Proletario)

11 de abril de 2022
www.pcint.org

La posición de clase del proletariado contra la guerra imperialista, en cualquier país, en Rusia y Ucrania, en Europa y América, en China, Japón y todo Oriente, en Australia y África, es una sola: lucha de clases, en primer lugar contra su propia burguesía, y lucha de clases contra las burguesías de todos los demás países.

Proletarios del mundo uníos, significa exactamente eso.

La guerra desatada por Rusia contra Ucrania es una guerra **imperialista** que actualmente se circunscribe a Ucrania y que afecta directamente a los países europeos. Sus características imperialistas han implicado inevitablemente a los países del imperialismo occidental, en primer lugar a los Estados Unidos de América y al Reino Unido, y a todos los países de la Unión Europea. Pero esta guerra tiene raíces mucho más lejanas en el tiempo. Hay que remontarse a 1991-1992, al colapso de la URSS y al agravamiento de un desorden mundial que avanzaba con las crisis capitalistas que sacudían el mundo desde la gran crisis mundial de 1975.

Rusia, en cinco años, perdió así su dominio sobre los países de Europa del Este, que representaban para Rusia lo que, en cierto modo, los países de América Latina representaban en su momento para los Estados Unidos de América: el llamado patio trasero en el que el país dominante dicta la ley con su política imperialista y su infalible talón de hierro. También perdió el control sobre los países del Cáucaso y del Este de Rusia. Lo que no perdió fue su tendencia histórica a extender su dominio a las zonas vecinas de su «continente euroasiático». Hacia Europa intentó recuperar el control sobre Bielorrusia y Ucrania; en el primer caso lo consiguió, en el segundo no. El contraataque preparado por la Unión Europea y Estados Unidos (a través de su incorporación a la UE y a la OTAN) tuvo éxito en prácticamente todas las antiguas repúblicas soviéticas de Europa del Este. Ucrania iba a ser el gran país con el que el Occidente «democrático» cerrara las fronteras militares europeas del Oso Ruso.

La diatriba de la «desmilitarización» y la «desnazificación» de Ucrania, de la que hizo gala la Rusia de Putin para justificar su guerra, fue un burdo intento de hacer pasar una guerra de pillaje por una guerra «patriótica» con la que defender a la Gran Madre Rusia del ataque que preparaban las potencias occidentales utilizando la Ucrania «nazi» de Zelensky como un organismo especial de la OTAN para doblegar al Estado ruso a los intereses del Occidente imperialista.

Que hay intereses imperialistas en juego y que estos intereses combinan factores económicos y político-militares está fuera de toda duda. Las reservas minerales del Donbass, la gran fertilidad de la tierra que hace de Ucrania uno de los mayores exportadores de grano del mundo, y la posición estratégica del país con respecto al Mar de Azov y al Mar Negro, son razones suficientes para que el zarismo primero, y la Rusia estalinista e imperialista después, hayan pretendido siempre dominar esta nación.

La propaganda rusa que ensalzaba la defensa de la población prorrusa de Ucrania, acusando al gobierno de Zelensky de reprimirlos como prorrusos con la intención

de «ucranianizarlos» a toda costa, era un contrapeso a la propaganda ucraniana de independencia y soberanía nacional «ganada» tras el colapso de la URSS y que los prorrusos de Crimea y el Donbass cuestionaban. Ante el golpe de Estado ruso por el que Moscú se anexionó Crimea en 2014, el gobierno de Kiev, apoyado por los imperialistas occidentales y espoleado para oponerse económica, política y militarmente a las provincias prorrusas del Donbass que reclamaban su autonomía, se vinculó cada vez más a Washington, Londres, París y Roma para acelerar su camino hacia la adhesión tanto a la Unión Europea como a la OTAN.

En los ocho años transcurridos desde la anexión de Crimea a Rusia, el enfrentamiento sólo podía aumentar, llevando la tensión entre ambos países al nivel de un enfrentamiento bélico.

Los proletarios rusos y los proletarios ucranianos fueron objeto de una propaganda dirigida a este choque de guerras, tanto del lado ruso como del ucraniano, como lo demuestra el hecho de que, al mismo tiempo, el gobierno de Kiev se armaba gracias a las importantes contribuciones de, sobre todo, Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia. Solo Estados Unidos, desde 2014 hasta finales de 2021, apoyó al gobierno de Kiev con más de 4.600 millones de dólares, de los cuales 2.500 millones fueron para armamento (1). Pero los armamentos occidentales no sólo se han ido por el camino de Kiev. A pesar de las grandes declaraciones de paz y de las sanciones impuestas a Rusia por haber «atacado la soberanía nacional ucraniana» con la anexión de Crimea, entre 2015 y 2020 hasta 10 países (Francia, Alemania, Italia, Austria, Bulgaria, República Checa, Croacia, Finlandia, Eslovaquia y España) exportaron a Rusia armas por valor de 346 millones de euros, de los cuales Francia se llevó la mayor parte, con 152 millones, seguida de cerca por Alemania, con 121,8 millones. Pero Italia no se quedó atrás; el gobierno de Renzi, con Paolo Gentiloni como ministro, vendió a Rusia vehículos blindados terrestres por 25 millones de euros en 2015, y en 2021, el gobierno de Draghi, con Di Maio como ministro, le vendió armas y municiones por otros 22 millones de euros (2). ¡¡¡Hasta aquí la paz agitada a los cuatro vientos y las sanciones a la Rusia agresora!!! Los negocios son los negocios.

Los gobiernos burgueses, tanto de Europa como de América o de cualquier otro país, demuestran por enésima vez que toda la palabrería sobre la paz, sobre los valores de la democracia que hay que defender, sólo tiene un gran propósito, enmascarar la verdadera naturaleza del poder burgués, la verdadera naturaleza del capitalismo sobre el que la burguesía ha implantado su poder: el **beneficio y la dominación imperialista sobre las naciones más débiles**. Y para estos

objetivos no tienen reparos en echar gasolina al fuego, vendiendo armas de todo tipo a ambos países beligerantes. En cualquier caso no es el capital, no es el sistema capitalista el que sale perdiendo; son las masas proletarias, las poblaciones civiles que son masacradas bajo los bombardeos, obligadas a huir como animales asustados; poblaciones que, al intentar refugiarse en lugares y países donde no hay guerra, acaban en boca de los mismos bandidos imperialistas que estimularon y prepararon la guerra de todos modos.

Los proletarios europeos, directamente implicados en la guerra ruso-ucraniana, a los que todos los gobiernos apelan para que realicen los sacrificios económicos y sociales necesarios para llevar ayuda a Ucrania en su «guerra de defensa», **no tienen ningún interés que compartir con sus respectivas burguesías dominantes** que, también a través de esta guerra, pretenden, por un lado, hacer el mayor negocio posible y mantener la recuperación económica puesta en peligro por la propia guerra haciendo recaer el mayor peso de las exportaciones perdidas sobre las condiciones de vida y trabajo de los proletarios, mientras que, por otro lado, tratan de vincular aún más a sus proletarios a la colaboración de clases, necesaria para obtener beneficios en tiempos de paz, pero aún más indispensable en tiempos de guerra porque cuando llegue la «llamada a las armas», la burguesía de cada país querrá tener un proletariado disciplinado y preparado para satisfacer las exigencias del capitalismo nacional en la lucha con otros capitalismo nacionales competidores.

El interés histórico del proletariado es liberarse de la explotación a la que está sometido en la sociedad burguesa, emanciparse de la esclavitud asalariada que sólo le obliga a alimentarse a condición de someterse a las relaciones sociales y de producción burguesas, y que le obliga a convertirse en carne de cañón cada vez que la burguesía dominante entra en conflicto armado con las burguesías extranjeras. Este interés histórico, que des cansa en el antagonismo de clase inherente a la sociedad capitalista, se convierte en la tarea que tienen los proletarios de todos los países de revolucionar toda la sociedad del capital de arriba abajo.

La lucha por vivir, o más bien por sobrevivir, que todo proletario se ve obligado a librar a lo largo de su vida bajo la dominación de la burguesía, se convierte en una lucha de **clases, es decir**, en la lucha de todos los proletarios como asalariados, independientemente de su edad, sexo, nacionalidad o profesión, para que el sistema económico y social que los coloca desde su nacimiento en la posición de clase sumisa, de clase explotada, de clase dominada, sea derrocado de una

(sigue en pág. 18)

(viene de la pág. 17)

vez por todas para dar paso a un sistema económico y social en el que ya no haya clases dominantes y clases dominadas, explotación del hombre sobre el hombre, y por tanto antagonismos entre clases, competencia y guerras. Este objetivo no es utópico, no es una fantasía fuera de la realidad, por la sencilla razón de que será el resultado histórico de la propia realidad del capitalismo y de la sociedad burguesa erigida sobre él.

El trabajo asalariado es la característica típica de la sociedad burguesa, del capitalismo. No existía antes de la sociedad burguesa, y no existirá después de la sociedad burguesa. El trabajo asociado y la aplicación de la ciencia a la producción con sus continuas revoluciones técnicas, de ahí la gran industria, y la universalización de las comunicaciones y las relaciones entre los distintos países del mundo, constituirán la contribución básica de la sociedad actual a su transformación en una sociedad sin clases, sin valores de cambio, sin dinero y sin competencia comercial; en una sociedad en la que ya no habrá despilfarro, producción nociva, contaminación y conflictos entre países y pueblos, porque *las bases económicas del despilfarro*, de la producción nociva, de la contaminación y de los conflictos entre países y pueblos habrán sido anuladas y sustituidas por bases económicas capaces de satisfacer, no los mercados, no el capital, no las bolsas, no los beneficios capitalistas de los que sólo disfruta una ínfima minoría de la burguesía en detrimento de la vida de las grandes masas del mundo, sino

las necesidades vitales de los miles de millones de personas que habitan el planeta.

Gran objetivo histórico, sin duda; pero que sólo la clase proletaria, la verdadera clase productora de toda la riqueza de la sociedad, podrá alcanzar. Para lograr este gran objetivo, el proletariado debe hacerlo suyo, sentirlo como una necesidad de vida, y para ello el proletariado debe luchar contra los enemigos que le impiden tomar este camino, debe prepararse para la lucha de clases, entrenarse para la lucha junto a sus hermanos de clase, con los proletarios de todas las épocas de todas las nacionalidades, hombres y mujeres, adquieran experiencia directa utilizando los medios y métodos de la lucha de clases (es decir, aquellos con los que se defienden exclusivamente los intereses proletarios, inmediatos y más generales) para poder reconocerse como parte integrante de un único gran ejército internacional y reconocer a los enemigos de clase. Enemigos de clase que no son sólo los capitalistas, los dueños de la tierra, de los productos, del dinero, del poder político, sino también los oportunistas, los que se hacen pasar por representantes de los trabajadores, pero que en realidad juegan el papel de escamoteadores de la lucha proletaria, de saboteadores de la lucha proletaria, que niegan la independencia de clase y apoyan la colaboración de clases. Las lecciones de la historia en estos campos son numerosas y forman parte del bagaje teórico y político del único verdadero representante de los intereses históricos del proletariado bajo todos los cielos: el **partido de clase**, el partido marxista revolucionario, que no se deja halagar por la democracia, ni engatusar por un reparto supuestamente «más justo» de la riqueza social, y menos aún por esa pequeña dosis de piedad y bondad que debería habitar en el corazón de todo burgués, de todo capitalista, de todo belicista.

Así como a la clase burguesa le llegó la hora, en su lucha contra la nobleza aristocrática, contra el clero y contra toda monarquía, de derrocar su poder y sustituirlos al frente de la sociedad, impulsando el desarrollo de la nueva economía capitalista frente a la vieja economía feudal y aislacionista, así también le llegará la hora a la clase proletaria, en su lucha contra toda la opresión burguesa, toda la opresión económica y social capitalista, para derrocar el poder de la clase burguesa como la última clase que representa la prehistoria de la humanidad, es decir, la última de las sociedades divididas en clases que la humanidad ha conocido en su largo y milenar curso histórico.

Pues bien, para luchar contra la guerra burguesa, que desde hace más de cien años no es más que una guerra de robo y de imperialismo, o los proletarios consiguen reaccionar contra la dominación hasta ahora indiscutible de las burguesías imperialistas, o están condenados a sufrir, guerra tras guerra, paz tras paz, las consecuencias cada vez más trágicas de las inevitables crisis del capitalismo. La guerra burguesa no resuelve la crisis económica y política que la desencadenó, superándola de una vez por todas. La guerra burguesa se produce porque la crisis de sobreproducción, característica del desarrollo del capitalismo, y que en el período histórico del imperialismo se hace cada vez

más profunda y aguda, intenta devolver las condiciones de competencia entre los estados y entre los polos monopolísticos a la situación anterior, a una situación en la que la economía capitalista se expande en lugar de estancarse y retroceder. Pero es el propio sistema capitalista, por las características de su economía basada en la propiedad privada y en la apropiación privada de la riqueza social producida, por tanto en un sistema de competencia cada vez más fuerte y feroz, el que, si bien supera temporalmente el punto más crítico de la crisis de sobreproducción, vuelve a generar los factores de crisis aún más graves y mayores. Esta es la historia de todas las crisis capitalistas hasta la fecha.

Para superar los momentos más críticos de sus crisis, la burguesía capitalista no tendría éxito si no contara con el proletariado a su lado, si los asalariados -precisamente porque representan la fuente de valorización del capital, por tanto de la ganancia- no colaboraran, «haciendo su parte», es decir, sacrificando su propia vida hasta el final, en la precariedad, el desempleo, la miseria, muriendo en el trabajo y muriendo en la guerra. Así, la colaboración de clases, si bien por un lado es el punto fuerte de la burguesía para salir de sus crisis, es al mismo tiempo su punto débil sobre el que el proletariado puede y debe actuar con su lucha. Sin una lucha seria, puntual y amplia contra la colaboración de clases, el proletariado nunca tendrá la oportunidad de emprender el camino para emanciparse del capitalismo; siempre estará supeditado exclusivamente a las exigencias vitales del capital, de los mercados y de la ganancia capitalista, y volverá cada vez a ser sacrificado única y exclusivamente por el bienestar de la burguesía.

La guerra ruso-ucraniana demuestra una vez más que este es precisamente el quid que pone al proletariado en la peor posición: se le masacra sin tener la fuerza para reaccionar de forma independiente, en beneficio exclusivo de los capitalistas de un lado o del contrario.

¡Contra la guerra imperialista, por la reanudación de la lucha de clases independiente del proletariado!

Contra la colaboración de clases, en primer lugar con la propia burguesía nacional. Contra todo nacionalismo.

¡Por la reorganización clasista e independiente del proletariado por encima de las divisiones de raza, nación, género, edad, profesión!

¡Por la revolución antiburguesa y anticapitalista!

**Partido Comunista Internacional
6 de junio de 2022**

NOTAS

(1) Cfr. *Il senso del supporto militare americano all'Ucraina*, <https://www.geopolitica.info/supporto-militare-americano-ucraina/>, 21/01/2022.

(2) Cfr. *Embargo a chi? Per anni armi «proibite» alla Russia*, «il fatto quotidiano», 17/03/2022.

**¡Lean, difundan, sostengan la
prensa internacional del partido!
¡Suscribense!**

- Il comunista -

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 1 € £ 1; 5FS;

- Le prolétaire -

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 1 € £ 1; 3FS.

- Programme communiste -

Revista teórica

Precio del ejemplar: 4 € £ 3; 8FS;

América Latina.: US\$ 2; USA-Cdn:US\$ 4.

- El programa comunista -

Revista teórica

Precio del ejemplar: 3 € £ 2; 8FS;

América Latina:US\$ 1,5; USA-CdnUS\$ 3

- El proletario -

Precio: Europa: 1,5 € 3CHF; 1,5£;

América del Norte: US \$ 2; América

Latina: US \$ 1'5

- Proletarian -

Suplemento en inglés al «le prolétaire»

Precio del ejemplar: 1 € £ 1, 3 CHF.

Para leer todas las tomas de posición del partido visitad nuestro sitio:

www.pcint.org

Huelga en las plataformas noruegas del mar del Norte...

(viene de la pág. 20)

como un reguero de pólvora por todas las plataformas. La patronal Norsk Olje & Gass estimó el impacto de la huelga en el 56% de las exportaciones de gas si se extendía de plataforma en plataforma, hasta el final de la semana. Los medios de comunicación no se detuvieron demasiado en la historia y los motivos de la huelga, que se hicieron eco de las nefastas preocupaciones burguesas sobre sus consecuencias económicas y estratégicas. La mera perspectiva de esta huelga, incluso antes de que comenzara, ciertamente recalentó los teléfonos en las conversaciones entre todas las cancillerías implicadas, y sacudió a todos los estamentos dirigentes tanto del estado noruego como de los estados clientes, en particular Gran Bretaña, a la que Noruega suministra el 42% de sus necesidades domésticas y que reexporta en grandes cantidades a Bélgica, Holanda y Francia, cuyo 40% del gas consumido procede de este país, recalentando ciertamente los teléfonos en las conversaciones entre todas las cancillerías implicadas.

Ante el riesgo de perder gigantescos beneficios, pero también ante una situación en la que el Estado noruego se mostraba incapaz de mantener sus compromisos de guerra para la producción destinada a los países europeos, el gobierno socialdemócrata noruego, advertido con dos meses de antelación, no perdió el tiempo: El martes 5 de julio por la noche, primer y único día de huelga, golpeó a los huelguistas con una ley que les obligaba, bajo pena de sanciones legales, a volver al trabajo y a remitirse a una instancia «independiente», pero muy oficial, de colaboración de clase para «gestionar» el resto del conflicto.

La ministra de Trabajo del gobierno de «izquierda», Marte Mjos Persen, declaró: «El agravamiento del movimiento anunciado es muy preocupante en la situación actual, con la crisis energética y la situación geopolítica, hay una guerra en Europa», pero también «Cuando el conflicto puede tener consecuencias sociales tan importantes para toda Europa, no tengo más remedio que intervenir en el conflicto». Expresó así lo esencial que es hoy la cuestión social para la burguesía y cómo la atormenta el peligro de explosión social.

Otra cita que arroja luz sobre el método de supervisión legal del proletariado en Noruega, como en los países nórdicos en general, es la de Maria Schumacher Wenberg, viceministra: «Según el proceso de resolución de conflictos salariales en Noruega, es responsabilidad de los interlocutores sociales encontrar una solución a cualquier conflicto». El sindicato, perteneciente a la gran Confederación LO (Landsorganisasjone) que es un apoyo infalible de los socialdemócratas (Nuevo Laborismo), obedeció sin resistir.

Evidentemente, no conocemos todas las condiciones reales y la historia

de esta breve huelga de los ejecutivos noruegos de alta mar y no podemos extraer todas las lecciones con certeza.

Excepto una: la que hace de esta huelga, sobre el tema de la resistencia al consenso nacional, un ejemplo para todos los proletarios que sufren las poderosas e implacables presiones del capitalismo para hacerles pagar la crisis, en particular mediante el reclutamiento y la identificación ideológica consistente en sacrificarse por la «buena causa» de la «guerra justa» y en el «lado correcto». El discurso burgués de la guerra de las democracias contra la barbarie rusa en Ucrania enmascara la verdadera naturaleza imperialista de la guerra y toda la responsabilidad en su estallido de la sociedad capitalista exacerbando los antagonismos de los estados burgueses hasta resolverlos con la guerra cuando las negociaciones diplomáticas y económicas pacíficas se han vuelto estériles e incapaces de resolver las relaciones de poder económico.

Los proletarios no deben caer en la trampa ideológica que les tiende la burguesía. Negarse a participar en la paz social, no someterse a los dictados productivistas de una economía que ha entrado en guerra, sino, por el contrario, afirmar y luchar con sus armas y su independencia de clase para defenderse del deterioro de las condiciones de vida, en particular de la brutal erosión de los salarios frente a la inflación, utilizar el arma de la huelga en todas las circunstancias, rechazar todo chantaje a la traición de la «buena causa» y la «irresponsabilidad», y finalmente demostrar que los intereses del proletariado no pueden integrarse en los del capitalismo y que no hay convergencia entre ellos: esta es la lección que sin duda podemos extraer.

11 de julio de 2022

NOTAS

(1) Audun Ingvarstsen, líder de Lederne: «Nuestros miembros son personas clave que controlan la producción, por lo que cuando van a la huelga, lo normal es que el empresario cierre las plataformas.

(2) Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, el gobierno de De Gaulle había exigido a los mineros franceses un esfuerzo productivo sobrehumano para permitir la reconstrucción del país. En 1945, Thorez, secretario general del PCF y ministro de este gobierno, declaró a los mineros: «Producir es hoy la forma más elevada del deber de clase, el deber de los franceses». Impulsados por este discurso chovinista, los mineros dieron su vida para conseguir el tonelaje de carbón requerido a cambio de ciertas ventajas salariales. Una vez conseguida la producción, todas sus ventajas salariales y sociales fueron barridas sin piedad ni remordimientos y supuso para ellos una vuelta a las condiciones materiales del pasado. En 1948, la huelga resultante de 200.000 mineros duró 54 días y fue ferozmente reprimida: 6 muertos, 1.342 penas de prisión y 3.000 despidos.

Aviso a los lectores, simpatizantes y camaradas

Incidente en nuestro sitio
www.pcint.org

Hoy, jueves 21 de julio, tras doce días de apagón, nuestro sitio web www.pcint.org ha vuelto a funcionar plenamente.

Al igual que el año pasado, entre mayo y junio, un fallo técnico en el centro de datos dejó fuera de servicio todos los sitios alojados en nuestro servidor, incluido el nuestro.

A nuestras peticiones de explicación de la avería y del tiempo que se tardaría en repararla, las respuestas fueron siempre las más vagas: se trata de un fallo técnico en el centro de datos..., estamos haciendo todo lo posible para restablecer la plena funcionalidad del sitio..., no se ha perdido nada..., les agradecemos su paciencia y comprensión...

En cuanto a la mensajería vinculada al sitio, aún no se ha restaurado por completo. Sin embargo, por el momento, podemos consultar los nuevos correos electrónicos.

Ahora, esperando no ser contradichos por algún otro caso desafortunado, la comunicación a través del sitio se restablece regularmente.

En cualquier caso, nuestra actividad pública no se detuvo: nuestras posturas siguieron difundiéndose a través de folletos y también nuestras intervenciones directas en las situaciones en las que nuestros militantes podían actuar; nuestros periódicos impresos siguieron saliendo y circulando entre los suscriptores, en eventos y en librerías y quioscos que aceptan venderlos.

Siempre hemos dado a la comunicación por Internet el peso que merece, pero sin descuidar el contacto físico, la comunicación tradicional y la propaganda.

Correspondencia :

Para España: Apdo. Correos 27023, 28080 Madrid

Para Italia : Il Comunista, CP 10835, 20110 Milano

Para Francia : Programme, BP 57428, 69347 Lyon Cedex 07

Para Suiza: Para contactar, escribid a la dirección de Lyon.

Huelga en las plataformas noruegas del Mar del Norte. Tras el dictado de la armonía nacional contra el enemigo Covid, la lucha proletaria no debe someterse de nuevo al chantaje de la crisis y de la guerra imperialista

El 5 de julio estalló una huelga de parte del personal de las plataformas de petróleo y gas del Mar del Norte. Los trabajadores en huelga son ejecutivos que ocupan puestos de responsabilidad en el control de la producción y una paralización de su trabajo supone también una paralización de la actividad en las plataformas afectadas por la huelga. (1) Sus reivindicaciones se refieren a la recuperación salarial. Como es habitual en cualquier huelga embarazosa para la burguesía, la falta de información no permite diseccionar todo el curso de esta lucha. Pero por breve que fuera, un solo día, el 5 de julio, se produjo en un contexto internacional de guerra económica y militar en el que los estados burgueses no toleran del proletariado otra cosa que su sumisión y encuadramiento al servicio del capitalismo. Por lo tanto, hay lecciones que se pueden extraer de este punto de vista.

Veamos el contexto. Con la guerra imperialista en el campo de batalla ucraniano y la guerra paralela y simultánea de represalias económicas entre los dos bloques beligerantes, la energía y las materias primas se han convertido en un arma de destrucción económica y financiera. En respuesta a los golpes de las sanciones económicas de Occidente, Rusia ha reaccionado con más misiles económicos para evitar el colapso del rublo, en particular, y beneficiarse hoy de los altísimos precios del gas y el petróleo.

Con estos materiales energéticos, Rusia dispone también de un arma absoluta de chantaje contra los países europeos. Al exigir el pago del gas y del petróleo en rublos y ya no en dólares, so pena de cerrar los grifos, Rusia ha conseguido no sólo consolidar su moneda y aumentar el precio del gas, sino también debilitar económica y socialmente al imperialismo europeo.

La inflación está golpeando con fuerza a la clase trabajadora, que ya no tenía reservas tras la crisis de Covid-19 y que hoy tiene el potencial de hacer estallar la paz social más allá del control de las fuerzas políticas, sindicales y sociales destinadas a esta función de control. El enemigo económico y militar es conocido, Rusia. El enemigo social interno, el proletariado, también es conocido. Y esto conmociona a todas las democracias europeas, que se apresuran aún más a reforzar su cordón de seguridad formado por asociaciones, sindicatos y partidos reformistas, pero, al mismo tiempo, refuerzan permanentemente su cordón de seguridad y vigilancia policial.

Especialmente en Francia, en este momento de juego parlamentario en el nuevo parlamento, el tema de la llamada a la cohesión nacional forma parte de todos los debates. Para países como Letonia, la República Checa, Finlandia, Hungría y Estonia, la importación de gas

ruso, más crítica en términos de suministro que el petróleo, representa entre el 93% y el 100% de sus necesidades de esta fuente de energía. En cuanto a Alemania, cuya economía arrastra a toda Europa y cuya profunda crisis arrastraría a todos los demás países europeos a un colapso total por efecto dominó, depende hasta en un 66% de Rusia para su suministro de gas. Los otros proveedores de gas para Europa son Noruega (20% a 25%), Argelia (12%), el Reino Unido (6%), Estados Unidos y Qatar (5%). Justificándose en la negativa a pagar en rublos o por otras razones, Rusia ha cerrado el grifo o reducido el flujo de gas para muchos países europeos: Polonia, Bulgaria, Finlandia, Países Bajos, Dinamarca, Francia. Italia ha visto reducido a la mitad su suministro y se enfrenta a graves problemas para el próximo invierno, a pesar de los nuevos acuerdos de gas procedentes de Argelia. Mientras tanto, Gazprom está reduciendo las entregas de gas a través del gasoducto Nord Stream 1 a Alemania en un 60%.

La dependencia europea del petróleo ruso es del 25% y, aunque sea más fácil encontrar soluciones alternativas de suministro que el gas, sólo se pueden conseguir comprando un crudo cuyos precios rompen todos los techos conocidos, lo que alimenta aún más la inflación.

Independientemente de las palabras tranquilizadoras que todos los líderes políticos burgueses de Europa difunden ante las cámaras, la crisis es profunda y sus imprevisibles repercusiones sociales les preocupan más de lo que muestran. Por lo tanto, se insta a los países amigos, o «neutrales», productores de gas o petróleo, a que compensen los cortes de gas rusos con un aumento máximo de su producción, independientemente de las consecuencias para el proletariado.

Noruega es un objetivo particular, es una cuestión de supervivencia económica y de equilibrio social en Europa. La burguesía tiembla ante la idea de que las empresas, privadas de gas o petróleo o incapaces de absorber las subidas de precios, tengan que cerrar un día sus puertas, que la calefacción de los edificios deje de estar garantizada, que los trabajadores no puedan acudir a sus puestos de trabajo, en definitiva que se instale el caos. El miedo de la burguesía es más que nunca el espectro de la lucha de clases que siempre se manifiesta en los peores momentos, cuando los amortiguadores sociales, económicos y políticos se rompen sobre la roca de la crisis capitalista, con la guerra imperialista de fondo, geográficamente localizada, por el momento, pero que podría extenderse más allá de Ucrania si eso se convierte en el interés de los imperialismos de Oriente y Occi-

dente.

En estos tiempos de violentas tensiones y enfrentamientos bélicos de los bloques imperialistas, la burguesía necesita la más perfecta cohesión social y colaboración del proletariado en sus esfuerzos de guerra económica y militar. Si no lo consigue mediante el sometimiento consensuado y «responsable» de los proletarios, utiliza la coacción y la coerción que van desde los medios que proporciona el arsenal de leyes democráticas para confinar las luchas y agitaciones sociales al terreno del «diálogo social» legalmente obligatorio y forzado, hasta los de la brutalidad judicial, física y armada abierta.

Lo que está ocurriendo hoy en Europa para que el proletariado acepte su estado de esclavitud a la explotación capitalista y se entregue en cuerpo y alma a los sacrificios impuestos por la crisis económica y bélica capitalista, se parece a lo que fue, en los primeros años después de la Segunda Guerra Mundial, la «batalla del carbón» (2). El carbón de antaño es ahora gas y petróleo, y la burguesía de Europa cuenta con los proletarios noruegos que trabajan en las plataformas del Mar del Norte para asumir este reto de producción en estos nuevos tiempos de guerra. ¡Así que no hay huelga! ¡En 2022 como en 1945-1948!

Pero en este mes de julio de 2022, el horizonte de consenso y sacrificio social se oscureció repentinamente en las plataformas de petróleo y gas del Mar del Norte con la huelga en las plataformas de la empresa Equinor (de propiedad mayoritaria del Estado noruego). Inicialmente, afectó a un centenar de ejecutivos y a tres plataformas, las de Gudrun, Oseberg Sur y Oseberg Este. Los huelguistas están organizados en el gran sindicato Lederne. En el origen de la lucha está la cuestión de la inflación y sus consecuencias sobre el poder adquisitivo. La movilización de los trabajadores comenzó en mayo, los sindicatos, incluido Lederne, negociaron rápidamente un acuerdo salarial con la dirección que incluía un aumento salarial del 4% al 4,5%. Pero para entonces la inflación ya era del 5,7%. Ante esta farsa, los trabajadores sindicalizados de Lederne reaccionaron rechazando este acuerdo por amplia mayoría, lo que obligó al sindicato a presentar un preaviso de huelga... para el martes 5 de julio.

Tres plataformas, que representan el 1% de las exportaciones de gas noruego, se vieron inicialmente afectadas por la huelga anunciada. A este movimiento se sumaron rápidamente otras cuatro plataformas, que esta vez representaban el 13% de las exportaciones. Según admiten los propios dirigentes, el movimiento de huelga sólo podía extenderse

(sigue en pág. 19)